

TRIDUO DE GS

«Todo comienza con un encuentro»

*Triduo Pascual de Gioventù Studentesca
Rimini, 2-4 de abril de 2015*

INTRODUCCIÓN, JOSÉ MEDINA
2 de abril, jueves por la noche

*Mare nostre
Ballata dell'uomo vecchio*

Señor, «mira la fragilidad de nuestra naturaleza, y levanta nuestra débil esperanza con la fuerza de la pasión de tu Hijo». ¹ Miranos con bondad. De Ti procede todo. De Ti procede incluso que te reconozcamos. «¡Ven, Señor!», ² ten misericordia de nosotros. «Tu gracia vale más que la vida», ³ porque sin Tu gracia, sin Tu misericordia, la vida no tiene sentido. Sin Tu misericordia la vida lleva a la total anulación de uno mismo. Cantamos juntos *Desciende Santo Espíritu*.

Desciende Santo Espíritu

UNA VIDA AUTÉNTICA AHORA

Quisiera comenzar estos días juntos leyendo una carta que sintetiza la urgencia expresada en muchas de vuestras intervenciones, que también es la mía. Así un amigo escribe: «¿Cómo se consigue una vida auténtica? ¿Cómo se puede vivir de manera verdadera? Porque a veces yo me siento una máquina atrapada en la rutina diaria, totalmente apático». Esto es lo que me urge últimamente: el deseo de vivir una vida auténtica ahora, hoy.

No se puede hablar de deseo de felicidad si no se parte del ahora, mirando el presente, la propia vida cotidiana. Porque sin nexo con el presente, con lo cotidiano, con los problemas de todos los días –los amigos, los problemas que la vida plantea en clase, en casa, las enfermedades, las dificultades–, si no hablamos de este “ahora”, hablamos de una felicidad abstracta y las conversaciones de estos días no lograrán responder a la fatiga que experimentamos. Hablar de deseo de felicidad sin hablar del ahora, de ti que ahora estás sentado aquí en una silla, es hablar de una idea. Como dice el Papa Francisco, es convertirse en jóvenes de museo, que lo saben todo, que están muy bien informados, que conocen todo, pero que no sienten ni padecen, que no advierten el impacto de la realidad, el choque con la realidad, que no lloran.

Cristo me interesa porque con Él puedo vivir de manera auténtica ahora; de lo contrario, el cristianismo es algo añadido a la vida, otra cosa que hay que hacer, un culto, una moral, algo ya sabido. Sin el nexo con lo cotidiano, con el ahora, es imposible comprender la existencia de Dios. Sin la carne de cada día, cualquiera que sea la forma y versión que ésta tome, no puede comprenderse. Porque es precisamente en la fatiga cotidiana donde se experimenta el drama de ser hombres.

UNA BARCA QUE ANHELA EL MAR Y SIN EMBARGO LO TEME

En la página 5 del cuaderno con los textos para este Triduo encontraréis una poesía de Edgar Lee Masters que se titula *George Gray* y que sintetiza el drama de lo humano como yo lo he percibido estos meses:

«Muchas veces he estudiado / la lápida cincelada para mí: / una barca con las velas plegadas, amarrada en un puerto [porque la barca no está hecha para estar en el puerto, sino para el mar. Es como tener un Ferrari aparcado en el garaje. El Ferrari no está hecho para quedarse en el garaje]. / En realidad esto no describe mi destino / sino mi vida. [¿Por qué dice esto? ¿Por qué descubre que se ha retirado del combate de la vida, que ha dimitido del vivir?] / Pues me ofrecieron amor y hui de su desilusión; / la tristeza llamó a mi puerta, pero tuve miedo; / la ambición me llamó, pero temí los riesgos. [Un coche precioso, una barca preciosa, pero no los conduces, estás allí mirándolos, limpiándolos, incluso te sientas dentro, pero no los sacas a la calle y no conduces] / Pero a pesar de todo ansiaba un significado para mi vida. [A pesar de todo, lo sabes bien] / Y ahora sé que hay que desplegar las velas / y atrapar los vientos del destino, / dondequiera que lleven la barca. / Dar un significado a la propia vida puede llevar a la locura, [¡pero la vida carente de sentido lleva siempre a la locura, al sinsentido!] / pero una vida que no tiene sentido es la tortura / de la inquietud del vano deseo [sabes bien que no estamos hechos para vivir atrapados en la rutina] / una barca que anhela el mar y sin embargo lo teme». Deseo vivir una vida auténtica, pero tengo miedo de hacerlo.

«Tengo miedo», escribe una de vosotros a una profesora, «¿sabe usted lo que significa ya a esta edad no sentirse a la altura? Sentir que nada es suficiente, porque todo lo que puedes hacer tiene un límite: yo misma. Tengo miedo de vivir ahora». Y prosigue esta amiga: «¿Sabe cuál es mi objetivo? Volver a encontrarme a mí misma. Volver a encontrar a aquella chica sencilla que sonreía con todo. Recuperar la determinación, la fuerza, las ganas de ser más de lo que me siento ahora. Dejar de escuchar a escondidas las palabras que murmura mi madre, dejar de verla sufrir, no sentirme sola».

Nosotros sentimos que la vida conlleva una promesa, una gran promesa, e incluso experimentamos nostalgia por ello. Sabemos que no estamos hechos para vivir atrapados en un agujero, pero al mismo tiempo estamos como cansados, agotados, nos sentimos inadecuados, incapaces. Esta es la paradoja de la experiencia humana: sentir que estamos hechos para ser verdaderos, para llegar a ser realmente nosotros mismos, y, sin embargo, incapaces de hacer un gesto verdadero.

Cantamos *Cerco un gesto naturale*. Escuchad estas palabras: «Me miro desde fuera como si fuésemos dos personas / [...] en ese movimiento yo no estaba».⁴ Lo que hago no expresa lo que soy. Estoy atrapado, confuso, quiero vivir una vida auténtica ahora, pero no sé cómo hacerlo.

Cerco un gesto naturale

¿CÓMO ALCANZAR LA VIDA AUTÉNTICA?

De muchas maneras, con diferentes intentos, el hombre ha buscado realizar un gesto natural, auténtico, verdaderamente humano, para poder así decir: «Ahora soy yo mismo». Ha intentado realizar un gesto humano, natural, con sus propias manos o siguiendo los dictámenes de la moda, pero sin éxito; ha buscado hacer por sí mismo, pero no es difícil comprender que mi esfuerzo no basta, que no soy capaz de ser yo mismo, de ser yo. Como consecuencia, el hombre ha llegado a la conclusión de que vivir una vida auténtica es imposible y se ha retirado; retirado a la casa de campo, o al calor de unos amigos, se ha aislado, protegido, convencido de que lo que le impide ser auténtico son ciertas circunstancias, creadas por una sociedad que ha dejado de ser humana; intentando censurar, atenuar el impacto de la realidad lo más posible.

Lo que falta hoy, dice el Papa Francisco, es el llanto: «Los invito a que cada uno se pregunte: ¿Yo aprendí a llorar? ¿Yo aprendí a llorar cuando veo un niño con hambre, un niño drogado en la calle, un niño que no tiene casa? [¿Lloro cuando oigo que un avión se ha estrellado en los Alpes, cuando oigo que la gente muere en Siria? ¿Sufro el impacto de la realidad?] [...] ¿O mi llanto es el llanto caprichoso de aquel que llora porque le gustaría tener algo más?»,⁵ caprichoso porque querría eliminar todo lo que siente como un obstáculo en su propia vida. «Y esto es lo primero que yo quisiera

decirles: Aprendamos a llorar [...]. ¿Por qué sufren los niños? ¿Por qué sucede esto o esto otro o esto otro de trágico en la vida? [...] Si no aprenden a llorar, no son buenos cristianos [verdaderamente humanos]. [...] Sean valientes. ¡No tengan miedo a llorar!»⁶

Es necesario dejarse tocar, sufrir el impacto de la realidad, sentir el drama de ser hombres, porque sólo en ese momento nace la pregunta, el llanto. Y el deseo. Y esta tristeza, esta nostalgia de algo más grande para mí, es decir, este deseo de ser verdaderamente yo, exige que como personas racionales demos un paso, exige un movimiento de nuestra libertad: ¡es necesario gritar! Porque el hombre consciente de su propia incapacidad puede vivir el impacto con las circunstancias, cualesquiera que éstas sean, de manera dramática (pido, grito a otro) o trágica (me desespero, renuncio y digo: «¡No es posible!»).

El hombre racional, abierto a la posibilidad de que exista verdaderamente un cumplimiento en la vida, pide. Si uno se detiene antes de pedir, es porque su orgullo que no le deja plegarse (piensa que es capaz de llevar a cabo su vida, contra toda evidencia) o porque está desesperado. Frente a su necesidad de cada día, debe dar ese paso: ¡gritar, pedir ayuda! Como el ciego Bartimeo, que en medio de la multitud gritaba a Jesús: «¡Que recobre la vista!». Y todos le increpaban. Todos quieren que te olvides de ti mismo, de tu deseo, de tu llanto (queremos consolarnos, no tenemos el valor para estar frente a esto), todos chillan para que te calles. Como a Bartimeo, a quien todos le decían: «¡Cállate, cállate! ¡Molestas!». Pero él no se rendía: «¡Que recobre la vista!».⁷ Yo no quiero ser consolado, yo quiero ser yo, quiero la felicidad ahora, quiero vivir como un hombre. Y por eso, para expresarlo con una palabra aún más bella, debo ser mendigo, porque yo no me puedo dar a mí mismo aquello que quiero ser.

Esto, queridos amigos, es lo que os deseo para estos días: que seáis hombres que aceptan el impacto, la provocación de la realidad. Porque pedir una vida auténtica no es una cuestión intelectual, abstracta. ¡Llorad! ¡Gritad! ¡Pedid, cada segundo, cada día! ¡Mendigad! El hombre es un ser necesitado, un mendigo del ser; esa es la palabra que mejor describe lo que es el hombre. Os prometo que, viviendo como hombres menesterosos que mendigan el ser, vuestros ojos verán la luz y se os dará un afecto por la vida que nunca habrías podido imaginar.

Cantamos *Blind Barnabas*.

Blind Barnabas

TODO COMIENZA CON UN ENCUENTRO: LA GRACIA

Hemos subrayado rápidamente que el primer paso para empezar a responder a la pregunta sobre cómo se puede llegar a una vida auténtica consiste en darse cuenta de qué soy yo, de que mi primera dificultad es que tengo miedo de enfrentarme a la vida – por eso no lloro– y de que la estructura constitutiva del hombre es la de ser mendigo, porque para ser yo mismo necesito de otro. Por lo tanto, el gesto más humano es pedir, gritar a otro.

Escribe Pavese: «Hace falta una intervención desde el exterior para cambiar de dirección».⁸ Hace falta algo más para empujar al hombre a pedir. ¡Hasta este punto somos necesitados! Necesitamos a otro incluso para decidirnos a pedir. ¿Qué puede ayudar al hombre a tomar esta decisión, empujarle a ser verdaderamente humano?

Escribe una de vosotros: «Hace un mes me ingresaron en el hospital para operarme. Allí conocí a un niño gravemente enfermo. Tenía once años, estaba muy delgado, no hablaba ni se movía. Al principio, ni siquiera quería entrar en la habitación [Retrocedemos, porque vivir como hombres nos da miedo, no sabemos qué puede pasar si entramos en esa habitación del hospital]. En cambio, salí del hospital totalmente impresionada y conmovida por la sonrisa de ese niño. Me sorprendió cómo sonreía a pesar del sufrimiento y también me sorprendió la serenidad de su madre [«A pesar del sufrimiento»; en cambio, nosotros percibimos las circunstancias como objeciones para ser nosotros mismos]. En ese momento comprendí que a través de ellos había podido

descubrir cómo una sonrisa puede sorprenderme. Al salir de su habitación, me di cuenta de que todo me resultaba interesante [me di cuenta de un cambio en mí]; aquella sonrisa era signo de que él debía albergar una esperanza y la conciencia de que merece la pena ser feliz». Necesitamos ver a un hombre que vive con una humanidad más verdadera lo mismo que vivimos nosotros. Lo que me cambia es esto: uno que sufre como yo, pero que alberga una esperanza que yo no tengo.

Robert Stevenson (el autor de *La isla del tesoro*) escribe: lo que necesitamos, «lo que queremos es ver a alguien que se toma la vida en primera persona, que hace su trabajo [cualquier trabajo] conservando ese placer primero y puro de la existencia».⁹ Lo que necesitamos es ver a un hombre que vive sin olvidarse de sí mismo, que hace su trabajo, al igual que yo, pero sin perderse a sí mismo, que vive cada circunstancia sin renunciar a ser auténtico, conservando «el placer primero y puro de la existencia», es decir, la mirada del niño. Deseamos encontrar a un hombre que disfruta de verdad de la comida, del amor, del trabajo, que se admira por el número de las estrellas o la belleza de una puesta de sol; en resumen, un hombre feliz. Un hombre que puede ser él mismo siempre. Alguien que no olvida ni censura nada, que llora como yo, que sufre como yo, pero que no vive aplastado por su finitud, por la miseria de su ser. Un hombre que vive a la altura de la promesa que ha percibido siendo consciente de su incapacidad.

Lo que ayuda al hombre a decidir, lo que dispone su corazón a reconocer la verdad, es el encuentro con alguien que vive de manera verdaderamente humana. Un encuentro que te cambia, que te recompone. Lo que hace falta es un hombre, el encuentro con un hombre. Escribe Betocchi: «Lo que hace falta es una persona, / no una sabiduría, / lo que hace falta es un hombre / en espíritu y verdad; / no necesitamos de un pueblo, ni de las cosas; / lo que hace falta es un hombre, / un paso seguro y una mano tendida / tan firme que todos / puedan aferrarla, y caminar / libres, y salvarse».¹⁰

Pero, si el hombre no puede conseguir una vida auténtica con sus fuerzas, inmediatamente comprendemos que necesita a Otro, en palabras de Tarkovski, necesita a lo «divino escondido».¹¹ Porque es imposible para el hombre ser verdadero. Haría falta encontrarse con alguien que fuera normal y al mismo tiempo absolutamente distinto, absolutamente cercano e infinitamente inalcanzable. Un hombre mediante el cual se comunicase la presencia de lo divino, que fuera la gran Presencia que se manifiesta a nuestro lado, que nos toca. Resumiendo, todo comienza con un encuentro que es una gracia.

Todo comienza con un encuentro. Todo es gracia. Hemos rezado al comienzo: «Tu gracia vale más que la vida»,¹² porque sin tu gracia no hay vida, sin tu gracia la vida no tiene sentido, no tiene dirección, sin tu gracia yo no me muevo. Sin tu gracia, sin el encuentro con Dios, lo «divino escondido», la vida es trágica, acaba mal; por eso nos retiramos, renunciamos a vivirla, no salimos del puerto para ir a mar abierto.

En esto reside el misterio de la misericordia: a tu grito, a tu petición, a tu ser mendigo, Dios no responde con visiones, leyes o consejos, sino con un Hombre. Todo comienza con el encuentro con aquel hombre. Esto nos dijo el Papa en Roma: «Todo en nuestra vida, hoy como en tiempos de Jesús, comienza con un encuentro. Un encuentro con este hombre [...], un hombre como todos y, al mismo tiempo, diferente. [...] Andrés, Juan y Simón: se sintieron mirados en lo más profundo, conocidos íntimamente [conocidos íntimamente porque Él era aquello que deseaban ser], y esto suscitó en ellos una sorpresa, un estupor que, inmediatamente, los hizo sentirse unidos a Él... O cuando, después de la resurrección, Jesús le pregunta a Pedro: «¿Me amas?» (*Jn* 21, 15), y Pedro le responde: «Sí»; ese sí no era el resultado de la fuerza de voluntad, no venía sólo de la decisión del hombre Simón: venía ante todo de la gracia, era el «*primerear*», el preceder de la gracia. Ese fue el descubrimiento decisivo para san Pablo, para san Agustín, y para tantos otros santos: Jesucristo siempre es el primero, nos *primerea*, nos espera, Jesucristo nos precede siempre; y cuando nosotros llegamos, Él ya nos estaba esperando. Él es como la flor del almendro: es la que florece primero y anuncia la

primavera».¹³

El encuentro con aquel hombre cambia la vida. Con Él la vida es vida, yo puedo ser yo. Él introduce en la vida el gusto de vivir.

Es lo que le sucedió al apóstol Andrés, ¿recordáis ese pasaje del video de don Giussani? Vuelve a su casa, «se quita el manto y su mujer le dice: “Pero, Andrés, ¿qué pasa? Estás diferente, ¿qué te ha sucedido?” [...] “Pero, ¿qué tienes?”. Él seguía abrazando a su mujer, que no se había sentido abrazada así en toda su vida: ¡Era otro! [Era un hombre. Era un yo] [...]. Si le hubiesen preguntado “¿Quién eres?”, habría dicho: “Me doy cuenta de que soy otro... Después de haber oído a ese individuo, a ese hombre, soy otro”».¹⁴

Así fue como sucedió el acontecimiento más grande de la historia en sentido absoluto. El encuentro con un hombre que hace que la vida sea “vida”. Desde entonces, la meta de aquellos hombres fue volver a verle, la esperanza prometedora de los primeros discípulos fue oírle hablar, porque «jamás ha hablado nadie como ese hombre».¹⁵ Sus palabras y su mirada cambian mi vida. Estando con Él, viviendo con Él, se respira de otra manera. Su mirada me recompone, recompone mi visión de mí mismo, me pacifica de nuevo conmigo mismo y con las cosas. Me abraza hasta el fondo, abraza incluso lo que yo odio de mí mismo, lo que supone un obstáculo para mí, abraza incluso la muerte. ¿Qué sería la vida sin aquel Hombre? «Sería realmente insoportable».

Permanecer con Él es la clave de la vida. No existe un acontecimiento más importante en toda la historia del mundo. Debo comprobar ahora si Él existe o no, porque esta es la respuesta a mi búsqueda de una vida auténtica. La respuesta a la pregunta por el sentido de la vida, la tuya y la mía, depende de que yo compruebe si Cristo es verdadero o no. Cantamos *Hoy arriesgaré*.

Hoy arriesgaré

«**PERMANECED EN MÍ**»¹⁶

No basta que Jesús haya existido. No basta que Él haya caminado sobre esta tierra, haya mirado, abrazado, acompañado a aquellos hombres. Necesito que Él me acompañe en el presente, ahora. Relacionarse con un difunto es una relación estética, emotiva, incapaz de inspirar mi vida. Escribe una amiga: «Me estoy dando cuenta de que sin Él yo no vivo; necesito encontrarlo todos los días, porque necesito esa plenitud de vida. La dificultad que estoy viviendo es realmente una ocasión preciosa, porque me empuja a clarificar cada vez más cuál es mi necesidad. Mi fatiga proviene de que mis días ya no están determinados por la mirada de Cristo, y haberla perdido me está descolocando». Aquel hombre debe estar presente hoy, de lo contrario mi vida no cambia, no se mueve. No me basta con haberlo conocido en su momento. Mi vida es hoy. Le necesito ahora.

Los discípulos tuvieron la misma experiencia que nosotros. Pensar en que le iban a perder les aterrizzaba, les llenaba de tristeza: «Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: Donde yo voy no podéis venir vosotros. [...] Simón Pedro le dijo: “Señor, ¿adónde vas?”. Jesús le respondió: “Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde”. Pedro replicó: “Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? ¡Daré mi vida por tí!».¹⁷ Aquel hombre, Jesús, ha prometido que permanecerá conmigo hasta el fin del mundo: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».¹⁸ ¿Pero cómo puede ser eso? Él permanece con nosotros de una manera inimaginable para el hombre: «Yo soy el pan de Vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo [...]. El que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».¹⁹

En la Eucaristía, Dios se hace presente dentro de un signo visible y tangible, y por tanto experimentable. Dios acompaña al hombre mediante la presencia de Jesucristo. Dios responde al hombre quedándose con él de una manera absolutamente “normal”

(alimento para comer, los sacramentos que acompañan los momentos relevantes de la vida, la compañía de la Iglesia), pero al mismo tiempo absolutamente Otro. La Eucaristía, de hecho, es un modo de “ser” del Misterio. Es Otro, excede mi imaginación y mi pensamiento. Es necesario contemplar el Misterio (no lo podemos reducir a una medida humana; es Otro y, al mismo tiempo, profundamente humano).

«Te doy gracias, Padre, porque has escondido “estas cosas” a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla».²⁰ Pedid la sencillez del niño, porque *incluso* la capacidad de adherirse a Cristo es un don de su gracia. La mente y el corazón del hombre nunca son adecuados a los pasos que Dios da hacia él. Pedid un corazón puro que busca entrar en comunión con Él (y no pretende “explicarlo”, reducirlo a categorías humanas), que se inclina hacia el amor, hacia el don que recibe gratuitamente. De lo contrario, “estas cosas” seguirán siendo como la luz para un ciego o las palabras para un sordo.

LECCIÓN, JOSÉ MEDINA
3 de abril, viernes por la mañana

Minha Festa
Red River Shore

EL AMOR A LA VIDA

¿Cómo se puede llegar a vivir una vida auténtica, a vivir con verdad ahora, como decía la canción que escuchamos anoche, a experimentar un momento en el que alguien me mira con verdad y yo me siento yo mismo? La sospecha de que esto sea imposible nos induce a amortiguar el impacto de la realidad, a evitarlo, a olvidar. Ocultamos el deseo de ser auténticos, renunciamos al deseo de vivir ese momento siempre, hoy, ahora. Perdemos el sentido de la urgencia dramática que supone vivir.

Decía Pasolini: «Amo ferozmente, desesperadamente la vida. [...] Amo el sol, la hierba, la juventud. El amor por la vida se ha convertido para mí en un vicio más tremendo que la cocaína». La urgencia, el deseo de ser, el deseo de vivir que se manifiesta en cada ocasión y en cada instante como una promesa, no es fruto de un pensamiento, algo en lo que debo pensar. Basta con estar vivo para sentir la urgencia dramática, el deseo de ser verdaderamente yo mismo. «¿Cómo acabará todo esto?», se pregunta Pasolini; y responde: «Lo ignoro».²¹

LA REALIDAD PROMETEDORA Y EL SENTIDO DE IMPOTENCIA

En el primer impacto, la realidad se presenta como promesa, como fuente de afecto. El primer día de clase, la primera vez que te sentiste mirado por aquella chica, la novedad, lo nuevo se presenta en la vida como una promesa que despierta un interés. En el primer impacto con la realidad el hombre intuye una positividad, una bondad; la realidad se presenta como un bien para el hombre y, por consiguiente, suscita en él un afecto. El hombre se aficiona a la realidad no por un cálculo –ignora lo que puede sacar de provecho–, sino porque la realidad le “promete” algo.

Al mismo tiempo, el hombre ignora en qué consiste esa promesa o de qué manera se cumplirá. El hombre reconoce que hay una promesa, existe en él algo capaz de reconocer la correspondencia, pero no sabe lo que “falta” ni cómo se cumplirá lo que se le promete.

LA PETICIÓN

El hecho de que no sepas y no puedas imaginar cómo esa promesa se llevará a cabo significa que no está en tus manos llevarla a cumplimiento, por tanto, que necesitas de Otro. Otro que esperas, que pides como un mendigo que no tiene nada, que ni siquiera

tiene derecho a pedir, que no puede dar nada a cambio. Lo que constituye al hombre es su necesidad; su naturaleza es la de ser como un mendigo; pedir no es un defecto, es nuestra verdad. No es que yo esté mal hecho o haya nacido defectuoso. De la misma manera que comprendo quién soy en el encuentro con otro, que tomo conciencia de quién soy en el impacto con la realidad, al mismo tiempo comprendo que soy necesidad de “otra cosa”. Mendigar no es un defecto; es ser verdaderamente nosotros mismos.

Y por eso la oración, la petición, la súplica es el acto fundamental del hombre, su acto más concreto. Reza aquel que es razonable. Razonable porque está abierto a la posibilidad de que Otro cumpla lo que para él es imposible. Reza quien está abierto, en el sentido de que, al darse cuenta del deseo que suscita en él el impacto con la realidad, pide a Otro afirmando así que no se hace a sí mismo. Pedir, mendigar, es la opción más razonable que existe, casi un gesto natural como la pregunta de un niño.

EL INTENTO DEL HOMBRE

Pero el hombre, ante la incertidumbre acerca de cómo se cumplirá su vida, pierde la paciencia y piensa: «¡Lo hago yo!». Pero de esta manera, el cumplimiento de la promesa que la realidad me comunica queda limitado a mis medidas, reducido a la obra de mis manos; por tanto, es un intento viciado desde el principio.

Escribe uno de vosotros: «Desde que caí en la cuenta de que estaba enamorado, me di cuenta también de que tengo un gran deseo de amar [cuando uno se enamora, el primer momento es lo más verdadero, porque uno percibe enseguida una promesa inmensa, está delante de aquella chica sorprendido de que exista una persona que lo mira], pero es como si no consiguiera nunca estar frente a ella. Muchas veces me parece que “desperdicio” su presencia; quiero hacerle una caricia, y acabo arañando. Quiero respetarla, pero muchas veces la utilizo. De esta incapacidad patente brota la pregunta: ¿qué es lo que me falta?». ¿Cómo puedo yo amar verdaderamente, de manera auténtica?

Otro de vosotros dice: «De pequeño tuve una enfermedad. Ahora reaparece sin previo aviso. ¿Cómo puedo vivir esta circunstancia en primera persona, ya que no quiero simplemente soportarla?».

Ni tú ni yo podemos imaginar cómo la promesa se irá cumpliendo, no sabemos cómo llevarla a cumplimiento. Y sintiendo esta impotencia que es constitutiva del hombre, esta menesterosidad que nos define, acusamos a la realidad y a las circunstancias de mentir. Yo quiero vivir, vivir verdaderamente y tú (la enfermedad, mi incapacidad...) no me ayudas, no me dejas en paz. Por tanto, acabamos percibiendo la realidad, las circunstancias y los acontecimientos, como objeciones contrarias a la promesa. Se acusa a la realidad de traición, de suscitar un juego malvado, trágico, de prometer lo que luego no mantiene, de decepcionarnos.

LA DUDA

Al secundar esta acusación, nuestra apertura a la vida, nuestra disposición al encuentro con la realidad que suscita en mí la curiosidad y el presentimiento de una promesa, se corrompen en duda. La duda es muy peligrosa porque nos vacía de energía para vivir. Cuando uno duda, no lo hace porque afirma otra posibilidad o tiene algún dato real para decir: «La promesa que se me hizo no se cumplirá»; cuando uno duda, es como si por un instante desviara su mirada de la realidad y se vaciara de energía para vivir. En vez de una curiosidad, se introduce una perplejidad y en lugar de estar ante la chica (igual que ante los libros o los amigos) conscientes de la promesa de un amor verdadero que surgió la primera vez que la vimos, se insinúa un “quizá”, un “pero”, un “a lo mejor no es verdad”.

La duda erosiona la energía del hombre. Es como cuando a uno le cuesta resolver un problema de matemáticas: que no sepas resolverlo no significa que no tenga una solución; que no puedas comprenderlo no significa que vaya en tu contra, a lo mejor significa que necesitas ayuda, necesitas que alguien te ayude a resolverlo. Esto es lo que

hacemos frente al problema de la vida, decimos: «No vale la pena», «no puedo», «nunca lo conseguiré», «esta dificultad está en mi contra». Todo esto nos paraliza, no aguantamos la tensión, nos sentimos traicionados.

Pero la duda no se apoya en hechos reales. La duda es un pensamiento insidioso que se introduce peligrosamente en la vida cuando uno no acepta el simple hecho de que no puede cumplirse a sí mismo, cuando no aceptas la evidencia de que eres “necesidad”. Más aún: *tú eres necesidad de Otro*.

Cuando en la vida entra la duda, uno se llena de temor. Escribe una amiga: «Tengo miedo de ir hasta el fondo de verdad, porque me puedo encontrar con algo que no me espero [Esto se convierte en nuestra mentalidad dominante: como no me lo espero, no lo controlo, no sigue mi medida, entonces me da miedo. Pero, amigos, lo único que interesa en la vida no es repetirme a mí mismo, sino descubrir algo nuevo], algo que no es como digo yo, está claro, ¡porque decido yo cómo deben ir las cosas! El hecho de que no sea yo quien decide cómo van las cosas me aterra, me hace siempre dar un paso atrás, no me deja vivir. Y cuando intento controlar todo lo que me rodea, ¡el mundo se me viene encima! Y me quedo yo sola, con las manos vacías, ¡habiéndome perdido incluso a mí misma!». Como no sé qué va a pasar, me bloqueo; no sé cómo se cumplirá la promesa, entonces digo que es imposible.

Cuando uno hace caso a la duda y le da crédito –un crédito irracional, porque carece de fundamento–, entonces sucumbe asustado, se queda bloqueado; y de la vida, del deseo y de la urgencia de vivir una vida auténtica, queda sólo el intento de alcanzar una vida burguesa, tranquila, sin sobresaltos, sin que nos molesten, sin problemas, sin llorar, como los muertos vivientes, sin que ninguno nos toque. Pero esto no tiene nada que ver con la paz. Que nos dejen tranquilos no coincide con tener paz, sino con ser viejos, con esa vejez que ya no desea nada ni tiene ninguna curiosidad. Estamos hechos para grandes cosas, estamos hechos para una vida auténtica, para devorar la vida, no para sufrirla. Cantamos juntos *Amare ancora*.

Amare ancora

UNA ACTITUD QUE CARECE DE PROBLEMATICIDAD

El hombre no es capaz de mantener su actitud original que es la mirada del niño; se asusta, desvía la mirada y de ese modo no encuentra ya significado al dolor y no desea más que olvidar, acallar sus preguntas, evitar los problemas que la realidad le plantea. Olvidar le parece más fácil, más cómodo, menos fatigoso; abandonar la espera de un posible cumplimiento y adoptar una actitud reactiva, más banal (la falsedad), le parece más sencillo. El hombre moderno trata de limitar el impacto de la realidad, de evitar sus provocaciones, de defenderse de sus golpes y eliminar los problemas: «Nuestra actitud como hombres modernos ante el hecho religioso carece de problematicidad, no es de ordinario una verdadera actitud problemática».²² Esta actitud que «carece de problematicidad», esto es, de la capacidad para interrogarse, de la que hemos leído en la Escuela de comunidad, es la mentalidad dominante en nuestra vida.

Una actitud que carece de problematicidad significa que no nos dejamos provocar por la vida, que uno ya no llora, ya no sufre por el impacto que provoca la realidad. «La vida», continúa don Giussani «es una trama de acontecimientos y de encuentros que provocan a la conciencia produciendo en ella problemas de distinto tipo. El problema es la expresión dinámica de una reacción frente a esos encuentros».²³ Sin embargo, el hombre moderno intenta evitar este impacto, este choque que la vida, como trama de acontecimientos y de encuentros, provoca en él y opta por una suerte de anestesia (se cierra en banda), olvidando su “yo”, que es deseo de felicidad, de justicia, de verdad, y, al mismo tiempo, conciencia de ser “polvo”, impotente. ¡El hombre moderno hace todo lo que está en su mano para no tener que llorar! Los problemas –cuando la vida nos provoca con sus preguntas dramáticas– no son algo a evitar o a resolver, sino, en primer lugar, algo que mirar.

ACALLAR EL IMPACTO DE LA REALIDAD CON EL RUIDO Y LAS EXPLICACIONES

Pero nosotros, hombres modernos, no queremos, no nos gusta, nos molesta mirar de frente los problemas e intentamos acallar el impacto de la realidad con el ruido, con la distracción; nos ponemos los cascos, como escribe una de vosotros: «Busco el barullo que me evita pensar: a través de la diversión y de la distracción huyo de mí misma, de mi infelicidad y de mis múltiples interrogantes acerca de la vida y de la muerte. Lleno mis días de cosas que hacer, me pongo los cascos a todas horas como si tuviera miedo del silencio».

Y cuando la distracción no logra atenuar el golpe, acallar la provocación de la realidad, entonces intentamos “eliminar” el problema mediante explicaciones: se estrella un avión y el problema es el piloto, por tanto, basta con resolver el problema del piloto y no volverá a suceder una tragedia así; estoy enfermo, por tanto, hay que encontrar una explicación biológica y todo resuelto. Podemos razonar de la misma manera incluso en términos religiosos: algo me cuesta, será que Dios lo quiere, y ya está; busco una explicación para hallar consuelo y dejar de llorar, dejar de sentir la condición dramática de mi yo. Nos convertimos en “jóvenes de museo”,²⁴ como decía el Papa, muy bien informados, pero cuya vida carece de fecundidad. La promesa se olvida y somos como muertos vivientes.

REDUCIR EL DESEO A OBJETIVOS QUE ESTÁN A NUESTRO ALCANCE

Ante el impacto de la realidad, algunos intentan atenuarlo centrándose en objetivos que se puedan lograr con las propias fuerzas. Y ante mi deseo, ante la promesa que surge del impacto con la realidad, pienso que me las arreglaré sacando buenas notas o yendo a la universidad. Pero esto no basta. Mi vida urge ahora, no quiero una vida “exitosa” mañana, no me basta la suma de momentos bellos, quiero poder ser yo mismo y poder serlo ahora.

La consecuencia de una vida que se contenta con objetivos reducidos a nuestras medidas es escalofriante: el hombre se vuelve árido, incapaz de sentir afecto por la realidad. Y busca todas las excusas posibles para justificarse, como pasa con el problema de matemáticas: «Al fin y al cabo no es tan importante», o bien: «No es para mí», como si el sentido de la vida no fuera para ti.

La consecuencia de una vida reducida a mis capacidades o a mi imaginación es un hombre incapaz de amar, paralizado, bloqueado, como le sucede a *Novecento*, en la novela de Alessandro Baricco. Para Novecento, el protagonista de la novela, el barco en el que nació lo es “todo”, hasta el día en que un pasajero le cuenta lo que pasó cuando vio el mar por primera vez (el mar que Novecento conocía perfectamente): «Sentí dentro de mí como un clamor enorme que crece y grita, y lo que grita es: “Panda de imbéciles, la vida es una cosa inmensa, ¿lo queréis creer o no? Inmensa”».²⁵

Novecento se queda impresionado por este relato y por la idea de que la vida sea inmensa (la realidad ha mostrado su atractivo, su promesa, y en Novecento se despierta un afecto que le impulsa a moverse hacia ella). Quiere bajar a tierra fascinado por la promesa de lo que le espera. Pero luego, cuando ya está en el tercer peldaño de la escalerilla que lo llevaría a la deseada tierra firme, se para y vuelve atrás, aterrado.

Novecento no bajará nunca de aquel barco. Ni siquiera años después, cuando deciden hundirlo. Novecento así se explica con un amigo: «Nací en este barco. Y por aquí pasaba el mundo, pero por partes, dos mil personas cada vez. Y aquí también había deseos, pero no más de los que podían caber entre una proa y una popa. Tocabas tu felicidad, sobre un teclado que no era infinito [...] La tierra es un barco demasiado grande para mí. Es un viaje demasiado largo. Es una mujer demasiado bella. Es un perfume demasiado fuerte. Es una música que no sé tocar. Perdonadme. Pero no bajaré».²⁶

Si renunciamos a la relación con la realidad, perdemos la capacidad de implicarnos,

nos quedamos sin fuerza para luchar, sin energía para amar, se atrofia nuestra capacidad para amar la vida. Miramos la vida con recelo, con duda. Cantamos juntos *Canzone di Maria Chiara*.

Canzone di Maria Chiara

TODO VUELVE A COMENZAR CON UN ENCUENTRO

Sería necesario volver a ser como niños, es decir, volver a mirar la vida como una promesa. Lo cual significa, como dice esta canción, que «mi casa [el cumplimiento de la promesa] estará abierta [será posible] para quien fue perseguido, / para quien lloró en la noche, / para todos los que han amado».²⁷ Volver a ser niños significa volver a descubrir como punto de partida la promesa que encierra la vida, es decir, la promesa que aparece cuando me topo con la realidad y con su provocación. Pero este volver a ser niños no es posible para el hombre. El hombre, por sí solo, no puede ser él mismo, no puede recobrar aquel gusto primero y original por su existencia. Por eso, el hombre es como un mendigo. Nosotros percibimos nuestra pobreza, nuestra necesidad, como una debilidad, como una falta a superar, porque pensamos en la vida en términos de poder; entonces nuestro único objetivo es superar la debilidad, en lugar de caer en la cuenta de que “yo soy esta falta”, porque la impotencia es constitutiva del hombre. Tan es así, que cuando dejo de ser consciente de mi debilidad, dejo de ser hombre, dejo de ser yo. Al hombre le cuesta ser él mismo, mendigar, pedir, ser niño, y se aferra al poder, a las obras de sus manos, a sus medidas; no logra superar una lógica de poder, como si el problema de la vida fuera «tener éxito» y no «ser».

UNA GRACIA

Lo que libra al hombre de esta atadura y lo impulsa a decidir por ser él mismo es pura gracia, la gracia de un encuentro. Lo demuestra la experiencia que contáis en vuestras cartas.

Escribe una de vosotros: «Quiero contar cómo está cambiando mi vida, ¡por fin he empezado a vivir! [Este es el signo del cambio: «¡Por fin he empezado a vivir!»] Estaba cansada de dejarme llevar por el deterioro, cansada de vivir a disgusto por elegir y hacer cosas equivocadas, cansada de subestimarme a mí misma, de creer que para mí no existía nada bello ni verdadero [porque cuando vivimos esclavos de nuestras medidas o en el olvido de lo verdadero, nos cansan]. Sin embargo, encontré la verdadera libertad cuando usted apareció en mi vida [conocí a esa persona y, desde ese momento, soy libre, «¡por fin he empezado a vivir!»]. Nadie había acogido mi deseo como usted lo hizo con una mirada, ¡nadie hasta entonces se había atrevido a sumergirse en ese abismo que impedía a mi corazón mirar y aceptar mi necesidad!». Lo leo de nuevo: «¡Nadie hasta entonces se había atrevido a sumergirse en ese abismo que impedía a mi corazón mirar y aceptar mi necesidad!». Al fin vivir, ser libre, al fin mirar la propia necesidad.

Lo que impulsa al hombre a ser hombre (lo que nos impulsa a decidir, lo que impulsa el corazón a abrirse, a reconocer) es el encuentro con una presencia que nos comunica algo grande, que nos trae la noticia que esperábamos, esa presencia de lo «divino escondido»²⁸ del que hablábamos ayer. Entonces, gracias a ese encuentro, de repente uno respira. Otro escribe: «2015 no ha empezado especialmente bien: he sacado muchos suspensos tras la vuelta a clase después de las vacaciones de Navidad, no me concentraba, perdía el tiempo y me pasaba los días vegetando, esclavo del mundo [presa de mis intentos de llenar el vacío]. Para resolver el problema, intenté dejar algunas cosas, pensando que así ganaba tiempo: renuncié a los entrenamientos y dejé de quedar a todas horas con mis amigos... pero no salía del atolladero [tus intentos no han funcionado]. El sábado 7 de marzo fui a Roma a la audiencia con el Papa. No recuerdo nada de lo que dijo, pasé todo el día con mis amigos. Por la noche, ya en casa, sentía un gran vacío por dentro, como si algo no estuviera en orden. Siento el deseo de alguien que me ame como nunca nadie fue amado. El centro de mi corazón está vacío [el

encuentro con el Papa, el ir a verle, me hizo comprender quién soy yo. Siento como nunca este deseo de ser amado infinitamente. Siento este vacío dentro de mí]. A la mañana siguiente, me puse a hacer los deberes en el salón de mi casa, volví mi mirada aburrida hacia el manifiesto de Navidad, colgado allí desde hacía tres meses (no le había hecho ni caso hasta ese momento). Me quedé asombrado de cómo María mira a Jesús, con una mirada de dulzura y serenidad indescriptible. ¡Necesito esa mirada!».

En la sencillez de un encuentro uno vuelve a encontrarse consigo mismo, la vida se recompone. Uno hace de nuevo las paces consigo mismo, es capaz de abrazarlo todo, incluso la dificultad, la muerte, incluso lo que odia, incluso lo que parece que va en contra de uno mismo. El encuentro me permite comenzar a ser yo mismo.

Pero no basta con haber encontrado una presencia así una sola vez. Es necesario encontrarla ahora, permanecer con ella ahora, porque cuando la presencia que me comunica un horizonte infinito desaparece, ya no consigo ser yo mismo.

La misma chica de antes prosigue: «Al cabo de un tiempo, me entró miedo. Pensé que no estaba preparada y que nunca lo estaría, que todo aquello era demasiado bello para ser verdad [una objeción que experimentamos con fuerza, muchas veces, pero que, si lo pensáis, es muy tonta: pensar que lo que he encontrado es “demasiado” bello, me da miedo. Y esta es una duda que no tiene nada de razonable], sentía que no lo merecía [¡pues claro! No mereces nada y todo te pertenece], y así lo dejé todo, tapándome los ojos y cerrando el corazón, caí en la ruina más absoluta [en el miedo recurrente que nos paraliza, nos bloquea]. Hace unos meses, esa mirada que ya había percibido, se hizo de nuevo presente a través de un compañero de mi edad que no conocía. Tenía la misma mirada de usted y eso [aunque viniera una persona distinta] me “liberó” de aquel triste modo de vivir al que había regresado. Me ayudó a comenzar de nuevo a amar y a reconocer que alguien me ama, empezando por él. Y desde ahí empecé otra vez a tomar las riendas de mi vida y a cuidarme».

Una mirada que se descubre en personas distintas, una mirada que libera, que ayuda a comenzar de nuevo. Una mirada que abraza el vacío que siento, esa falta que intentamos apartar y que, en cambio, es el lugar privilegiado del encuentro con Dios. Decía el Papa Francisco en la audiencia del 7 de marzo: «El lugar privilegiado del encuentro es la caricia de la misericordia de Jesucristo a mi pecado [a mi nada, a mi error]. [...] Gracias a este abrazo [...] vienen ganas de responder y cambiar».²⁹ De este abrazo es de donde brota una vida diferente.

Tenemos la tentación de caer en una lógica de poder, pensando que mi pecado, mi incapacidad, mi impotencia, mis límites, son algo que debo superar con mis fuerzas u olvidar con el ruido o las explicaciones. Es una lógica de poder la que, en voz baja, me dice que, en el fondo, hay algo en mí que está mal hecho y no tiene remedio. ¡No! No hay nada defectuoso en el hecho de que tú seas una espera, una promesa que te mueve a pedir a Dios como un mendigo.

LA PERSONA TOMA CONCIENCIA DE SÍ MISMA

Sólo un encuentro tiene la capacidad de despertar al yo y sacarlo de la prisión que se construye con sus manos y, literalmente, arrastrarlo fuera de la tumba. Es como si el yo resurgiera y uno tomara conciencia de sí mismo. «El fruto de un encuentro», decía don Giussani, «es la suscitación del sentido de la persona [la persona percibe su valor]. En el encuentro, la persona [el yo] toma conciencia de sí misma y, por tanto, nace como personalidad».³⁰

La mirada de las personas que me comunican la presencia buena, es decir, que reflejan la mirada de Cristo sobre mí, me permite tomar conciencia de mí mismo, de manera que, por fin, puedo aceptar que mi deseo es infinito y verme libre de mi mezquindad.

Pero esto no es automático. Dice uno de vosotros: «Cuesta hacer este recorrido, porque no es inmediato amar y fiarse de otro; pero no hay fatiga más bella que ésta; es una fatiga que llena el corazón día tras día, al contrario que las cosas fáciles de

conseguir que, aunque sean bellas, al poco tiempo se tornan aburridas».

Con los ojos fijos en esta mirada buena, la fatiga cobra sentido, las circunstancias dejan de ser objeciones, incluso mi pecado pasa de ser una objeción a ser una condición en la que, gracias a Dios, aprendo lo que me falta: me faltas Tú, Señor; yo necesito ser salvado. Cuando cantamos *L'uomo cattivo* afirmamos que somos necesidad y deseo de infinito.

L'uomo cattivo

EL CIENTO POR UNO

Hay que nacer de nuevo. Y nacer de nuevo, como decía Jesús a Nicodemo, no está al alcance de nuestras fuerzas: acontece en un encuentro. Pero el encuentro no es el punto final, sino el comienzo de un recorrido. Con el encuentro comienza una aventura que dura toda la vida, una historia destinada a cambiar toda mi vida, a salvarla, a plasmarla por entero. Poco a poco, la relación con ese Hombre se convierte en la raíz de mis acciones, entra por ósmosis y define mis acciones. Hay que nacer de nuevo. Jesús le dice a Nicodemo: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios». Nicodemo responde: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?». Como les sucede a tantos de nosotros que se preguntan cómo se puede nacer de nuevo. Jesús responde: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace de Espíritu es espíritu».³¹ Tú no puedes ser tú mismo, yo no puedo ser yo mismo, sin ti, Cristo. Por tanto la pregunta de la vida es cómo puedo permanecer junto a Ti. Porque es bello experimentar que finalmente puedo vivir, pero quiero vivir hoy y mañana y todos los días, no de vez en cuando. Quiero experimentar la vida nueva que se genera viviendo a Tu lado. Por eso es realmente terrible pensar que tú, oh Cristo, no estás presente. Porque si Tú no estás, yo no vivo. Quiero experimentar ahora, y cada vez más, esta vida nueva, este ciento por uno, este cien veces más que he experimentado al sentir tu mirada sobre mí. El ciento por uno es esta vida, es una gloria terrena, es experimentar una vida que finalmente es verdadera vida.

Pero el ciento por uno lo experimentan solamente aquellos que dejan atrás, dejan de lado, su propia medida y que fijan su mirada en Cristo. Es necesario “descentrarse”, nos decía el Papa, de nuestras medidas y centrarse en Cristo, mirar a Cristo. «El que quiera salvar su vida, la perderá».³² ¿Quieres vivir? Deja de mirarte a ti mismo. Deja de medir la vida según tu idea, porque Dios tiene más imaginación que tú, la promesa que se te ha hecho es cien veces más grande de lo que puedes imaginar.

«Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras [dice Jesús], recibirá cien veces más y heredará la vida eterna».³³ Dejando tus medidas, tu idea sobre qué significa amar, sobre por qué estudiar, sobre qué es lo que hay que tener, abandonando todas tus fantasías y viviendo para mí, nos dice Jesús, encontrarás cien veces más vida. Es decir, vivirás cien veces mejor el afecto a tu padre y a tu madre, tendrás cien veces más pasión por el estudio, amarás cien veces más el trabajo, respetarás cien veces más a tu novia. El ciento por uno consiste en saborear la vida como la disfrutaba Jesús. Es disfrutar de la vida, mirar las cosas, las pruebas y las alegrías, como las miraba Jesús.

Decía san Pablo: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí».³⁴ Lo cual significa nacer de nuevo. Nacer de nuevo quiere decir mirar la vida como la miraba Jesús. Pero esto no lo puedes hacer por ti mismo, no sabes hacerlo, no puedes ni siquiera imaginarlo. Esto sólo puede suceder si él está aquí y si tú permaneces arraigado en él. Con el tiempo, estando con él, permaneciendo con él, la compañía de Cristo genera una manera diferente de sentir, un juicio distinto, que contrasta con el pensamiento dominante que lo único que afirma es que la vida te agota. Es un juicio diferente de aquél que nace de mi medida y me impide crecer en el amor a la vida. El

ciento por uno no tiene nada que ver con el dilatarse de tu instintividad; es algo completamente nuevo, es empezar a experimentar la mirada que Cristo tiene sobre la realidad. El ciento por uno es empezar a experimentar en mi carne la manera de vivir de Cristo. Vivir en la carne, como decía san Pablo, la vida de la fe. El ciento por uno es empezar a experimentar en mí esa forma de amar que me ha sorprendido, ese modo de mirar al otro, esa mirada que, sin tocarte, te traspasa por completo, generando en ti y en mí un amor más útil, un amor que anticipa, como un palpito, la ternura eterna. Cantamos la *Ballata dell'amore vero*.

Ballata dell'amore vero

SU COMPAÑÍA CAMBIA LA VIDA

«Mi amor [...] / muere si el cielo está nublado, si no hace sol». «Yo quisiera quererte»,³⁵ pero sin el sol mi amor se muere. No es tu medida, no es el poder de tus manos, no es tu capacidad, lo que puede cambiar las cosas. Tu vida cambia porque él está presente. Toda nuestra vida, los momentos más bellos de nuestra vida, son testimonio de este cambio: descubro en mí una manera de mirar que no es mía. No soy yo, ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Permanecer con él cambia la vida.

Escribe un amigo: «En este tiempo percibo verdaderamente deseable y plenamente humana la frase de la Escuela de comunidad: “Dios [...] ha salido al encuentro del hombre y se ha hecho su compañero”. En la audiencia con el Papa Francisco percibí con claridad la urgencia de experimentar que “Dios sale a mi encuentro y se hace compañero mío”. Me hizo un gran bien ese encuentro y sentí el deseo de contárselo a una amiga. Mientras caminábamos por la calle, me paró un mendigo pidiéndome una limosna. Al principio lo rechacé, porque pensaba que estaba contando algo tan importante que no quería ser interrumpido. Sin embargo, el bien que había recibido del Papa era tan grande que en ese momento me di cuenta de que necesitaba mirar a Roberto (el mendigo) con la misma mirada de misericordia que había experimentado en Roma».

Un encuentro verdadero cambia la vida, sin que de antemano tengamos el problema de cambiarla. El único verdadero problema es permanecer dentro de esta relación: «Volví sobre mis pasos, y le pregunté cómo había acabado en la calle. Él me contó toda la fatiga y la desilusión de su vida. Mientras me lo contaba, me conmoví porque veía en él la misma necesidad que yo tengo, la necesidad de Alguien que me salve, Alguien que tenga misericordia de mi mezquindad, Alguien que me pueda acompañar en el camino. Porque estando solo pierdo el valor de las cosas. El caso es que sentí el deseo de volver a verle al día siguiente, porque había despertado en mí todo el deseo de Jesús. O lo que viene a ser lo mismo, me urge volver a experimentar que Dios sale a mi encuentro, porque sólo así puedo mirar con verdad a la chica de la que estoy enamorado o al compañero que me pide ayuda en clase. Deseo venir al Triduo, afrontando el sacrificio económico que esto supone para mi familia, porque no puedo vivir sin Jesús».

A menudo somos testigos de este milagro del cambio. El cristianismo genera un sujeto que comprueba la verdad de la fe en su propia experiencia, en ese imprevisible milagro que acontece ante sus ojos que es la transformación del presente: «Lo comprueba en el realismo que adquiere ante todas las circunstancias, en “la capacidad de comprometerse con todas las circunstancias”».³⁶

Un nuevo modo de vivir, de amar, de mirar a las personas va plasmando todas mis acciones y pensamientos, se convierte en una experiencia cotidiana, en una vivencia personal: ¡esto es el ciento por uno!

El camino hacia la felicidad, es decir, hacia la realización de uno mismo, es la relación con Cristo, porque sólo en la relación con Él puedo vivir plenamente las circunstancias y los acontecimientos: «La relación con Cristo es la verdad de *estas* cosas; la verdad de estas cosas se halla en la conciencia de esa presencia a la que pertenezco. En definitiva,

esta es la fe que vive [en la carne]: no es algo distinto, sino la modalidad subversiva y sorprendente de vivir las cosas habituales».³⁷

La única respuesta a la dramática petición de Stevenson sólo es posible con Cristo; aun viviendo en la carne, vivo afrontando el mundo, trabajando como todos y «conservando ese placer primero y puro de la existencia», o, como dice don Giussani, manteniendo «a lo largo de la vida la simpatía original con la que nacemos, esa simpatía hacia el ser, hacia la realidad, ese ser realmente como niños (pobres de espíritu, como diría el Evangelio), porque esta continua mirada positiva a la realidad no es otra cosa que ser como niños».³⁸

Pero para que este modo nuevo de vivir, de amar, de mirar a las personas, plasme mi manera de pensar y de obrar, para que estas palabras se conviertan en experiencia cotidiana, en una experiencia existencial, para que este ciento por uno llegue a ser mi manera cotidiana de percibir, es necesario afrontar la vida con seriedad permaneciendo con Él.

EL ACONTECIMIENTO CONTINÚA

El acontecimiento, el encuentro, prosigue solamente si uno pone en juego toda su persona en la relación con Cristo. De lo contrario, acaba siendo algo del pasado, ciertamente hermoso, porque lo reconocí como algo hermoso en mi interior, pero relegado en el pasado. Si no pongo todo mi yo en juego en la relación con Cristo, de manera que Él pueda entrar en mi vida y yo pueda gustar su modo de vivir, entonces no puedo ser yo mismo. Escribe uno de vosotros: «Todo, las clases, el estudio, en resumen, toda la realidad que me rodea, me ha llevado a descubrir que sólo seguir a Jesús me hace estar contento». Seguir, estar con Él.

Entonces, ¿qué significa permanecer con Él, qué significa ponerse en juego personalmente? Nuestro amigo responde: «Leyendo la biografía de don Giussani, en una carta que escribe a su hermana le dice que para comenzar a asumir la responsabilidad de su vocación debía buscar la guía de un sacerdote. Me he fiado de este juicio que él hace. [¿Por qué te has fiado? Escuchad:] Porque deseo vivir como vivía él, y amar como amaba él». Me pongo en juego con toda mi persona porque deseo vivir como vives tú. El encuentro continúa. Quiero identificarme con el modo de amar que tienes tú, el modo de estudiar y de vivir. Lo mismo hicieron los discípulos con Jesús: «Oye, ¿tú que haces con el dinero? Oye, estos dicen que el sábado no hay que caminar, ¿tú qué haces?». Quiero mirar la vida como la miras tú, porque quiero experimentar el mismo gusto que tienes tú. Y prosigue: «Así pues empecé a confesarme con un sacerdote; si antes estaba, digamos, “con la vida resuelta”, es decir, las clases van bien, la novia también, con mis padres bien, [ahora] ahora me planteo la pregunta: ¿es esto lo que Dios me pide hoy? ¿Qué quieres? [Jesús, ¿qué quieres de mi vida?] Porque deseo cumplir su voluntad y no mi idea, en primer lugar, en la relación con mi novia». Y concluye: «La experiencia de Cristo se concreta cada vez más, tanto que rompe mis esquemas. Jamás he estado tan agradecido y contento. Esta compañía, mediante la cual Cristo ha conquistado mi corazón, me da una certeza que me permite arriesgarlo todo, fiarme de lo que vivo y ser consciente de que no pierdo nada. La experiencia vence cualquier idea o imagen que tengo de mí mismo. Antes me despertaba y decía: “pero”, “quizá”, “a lo mejor”, “puede que” [la duda]. Ahora digo: “Hoy es así, mañana no lo sé, pero sé que hoy es verdad”. Es el cambio de la vida que la fe propone».

Para ponerse en juego con toda nuestra persona es necesario llorar, es necesario pedir la sencillez del niño, el corazón sencillo que “se descentra” de sí mismo, que sale de su egoísmo y se abre a Otro, lo arriesga todo por el deseo de mirar la vida como la miras tú, Señor, porque quiero vivir como vives tú.

En el momento en que perdemos esta tensión por jugarnos todo, por comprobar que Cristo lleva nuestra vida a plenitud, la lleva a ser vida viva, en el momento en que

dejamos de arriesgar y de correr el riesgo de llorar, entonces la vida mengua, se reduce a hacer planes. La amistad se reduce a un proyecto propio, la compañía queda reducida al recuerdo de algo bello que ya pasó, que ya no está. Es necesario, como decía el Papa, «mantener vivo el fuego y no adorar las cenizas».³⁹ Es necesario que uno se ponga en juego por completo ahora. Es necesario que vuelva a suceder ahora “lo” que sucedió entonces; no “como” sucedió sino “lo” que sucedió al comienzo. Hemos escuchado en una carta: llegó otro, un amigo, y el encuentro con él me despertó de nuevo, tanto que me vi otra vez libre; he leído la biografía de don Giussani y me he vuelto a descubrir a mí mismo y ahora estoy aquí en el Triduo. Todo consiste en permanecer con Él, no como la repetición mecánica del inicio, sino como el impacto con algo diferente, con una humanidad que es diferente y que me provoca, me pone en marcha, me renueva, me hace renacer. Esto es ser como niños, abiertos a la promesa, aceptando el impacto de la realidad hasta pedir, desear, ser como Tú. Esto me permite ser yo mismo. La vida es ahora. El ciento por uno –la vida más vida– se puede experimentar ahora. Basta con pedirle a Él: «¡Quédate conmigo!». Basta con ponerse en juego y dejar que Él haga: no yo, sino que Cristo viva en mí. Escuchemos esta canción. Es muy bonita. *What can I say*.

What can I say

EL SACRIFICIO

EL CIENTO POR UNO LLEVA AL SACRIFICIO

El ciento por uno, la vida más vida, implica inevitablemente un sacrificio. Es inevitable, porque el ciento por uno propone otra medida, que no es la mía, y por tanto implica la afirmación de una presencia en lugar que la defensa de una idea mía. El “descentrarse” del que nos habló el Papa en Roma implica un sacrificio. ¿Quieres vivir? Debes perderte a ti mismo. Cede, puesto que tu capacidad no lo logra. ¡Cede! Pero nos da miedo perder lo poco que tenemos, porque pensamos: ahora tengo poco, pero si lo suelto, me quedo sin nada. ¡No! Abraza tu impotencia, es decir, el hecho de que eres deseo de Otro distinto y no una “pequeña nada”. Ningún acto, ningún gesto es bueno y verdadero, si no implica un sacrificio consciente. Y si no percibes este sacrificio, entonces es que tu acción todavía no es verdadera, sigue siendo ambigua, según la medida de tu pequeño poder.

EL SACRIFICIO ES UNA CONDICIÓN Y NO UNA OBJECCIÓN

El dolor, el sacrificio que tantas veces percibimos como una objeción, Jesús lo propone como la única condición para que nuestros actos sean verdaderos. «No tú, sino Yo» dice Cristo, «no tu vida, sino la Mía. ¿Quieres vivir? ¡Renuncia a tu medida estrecha!». Entonces el sacrificio no es una objeción, sino la condición para una posesión verdadera. Y es aquí donde se abre de nuevo la partida y debes elegir: o afirmas tu medida, tu capacidad, y como resultado pierdes la vida, dejas de llorar, vives como un vegetal, como una marioneta, o dejas que Dios entre en ese vacío que sientes dentro de ti, y te lo juegas todo con Él presente. Toda nuestra vida se juega en esta alternativa.

EL SACRIFICIO ES POSIBLE SOLO PORQUE JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Nosotros lo consideramos un escándalo este perderse a uno mismo. De hecho, este sacrificio nos resulta imposible, como imposible nos parece poder vivir de manera verdadera. Y por eso la misericordia de Dios, ante tu petición, ante tu deseo de ser tú mismo, se encarna en Cristo que se sacrificó en la cruz para salvar al hombre. Cristo en la cruz se hizo pecado, el que no conocía el pecado, para regenerar tu humanidad. Él no vino para condenar, sino para salvar; tomó sobre sí aquello que tú desprecias. Cristo tomó sobre sí el peso del pecado para que tu vida pueda florecer de nuevo y tú puedas vivir. Él ha tomado la iniciativa. Cristo ha dicho: «Déjame hacer a mí, abandona tus

intentos».

Dios en su misericordia quiso salvar al hombre usando aquello que el hombre desprecia, que tú consideras desecho, basura, escándalo. San Pablo escribe: «Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles [...]. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres».⁴⁰

Cristo salva tu vida a través de la impotencia extrema que es el morir. Jesús ha salvado la vida muriendo, abrazando la muerte, la impotencia de que tú y yo rehuimos todos los días. Por eso abrazar el sacrificio sólo es posible para el hombre que mira conmovido y asombrado a Jesús, a Jesús crucificado, lleno de asombro por la gratuidad de Dios. Dice san Pablo: «Nos apremia el amor de Cristo [...] Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos».⁴¹ Él murió abrazando aquello que tú desprecias, aquello que aborreces, lo hizo para que tú ya no vivas para ti mismo, sino para Él.

La capacidad de abrazar el sacrificio, de vivir la vida con esperanza, de llorar, de pedir ser hombres, nace de sentirse amados por Cristo, de haber experimentado la preferencia del amor de Dios por mí. Esta es la raíz de nuestra liberación. Cantamos juntos.

Liberazione n. 2

Os invito a vivir estos días contemplando el atrevimiento de Dios, que se sirve de lo que tú desprecias para darte la vida. Lo único que se nos pide es decir sí con sencillez, lo cual significa mirar con corazón puro lo que sucede delante de ti. ¡Da prioridad a la realidad que se te propone! Deja que la realidad abra dentro de ti la problemática de la vida. Déjate impactar, di sí. El silencio, las indicaciones, las oraciones, los cantos, todo es ocasión para ayudarte a estar delante de Él, a decir “yo” con verdad.

VÍA CRUCIS, JOSÉ MEDINA
3 de abril, viernes por la tarde

Permanecer con Cristo es la única posibilidad de una vida plena. Estar hoy aquí junto a su cruz, vivir la memoria de Cristo es la oportunidad de entrar en el misterio más grande y dramático de nuestra vida. Cristo abraza nuestra fatiga y dolor, esa muerte que nos espanta hasta tal punto que nos hace sentir la realidad como enemiga, como una objeción. Su muerte en la cruz por nosotros supone la posibilidad de abrazar todo y vivir en plenitud. Que estos momentos que vivimos juntos nos ayuden a identificarnos con él para aprender a vivir, para aprender a morir como hombres.

La carne de Jesús es débil. Jesús no quería morir, no quería sufrir. Y por eso pide al Padre que lo acompañe y pide también a los amigos que se queden con él: «Permaneced en mí».⁴² Pero todos le abandonaron, los amigos le abandonaron en el momento de mayor sufrimiento de su vida. Fue abandonado por sus amigos, traicionado por el beso de un amigo. He aquí el momento en que se manifiesta la libertad de Dios: ante el amigo que le traiciona, que lo abandona, delante de aquella circunstancia, ante el hecho de que él había venido por ellos y ellos no le querían, que él había venido para quedarse con ellos y ellos dormían, Jesús dice al Padre: «No se haga mi voluntad sino la tuya».⁴³

Jesús oyó cómo le decía el pueblo de Dios, el pueblo de su Padre y el pueblo romano del César: «Las cosas que dices son buenas, no son injustas, pero aquí, en este mundo, no sirven; no le interesan a este mundo, porque en este mundo lo que cuenta es el poder». Jesús oyó cómo le decían esto: «Tú has venido, pero nosotros no estamos interesados porque lo único que nos interesa es nuestro poder».

En su misión, en el camino hacia la cruz, él oyó cómo le decían que todo aquello no servía de nada, no tenía ningún sentido; nadie lo apreciaba, nadie lo temía. Él carecía de poder. Y justamente al abrazar la impotencia de aquel gesto, subir a la cruz, Cristo sigue afirmando la verdad: «Yo lo puedo todo; yo, no tu poder». Pero nada ni nadie, ni las bofetadas ni los insultos, podían oscurecer la certeza de que él había venido a este mundo a decir estas cosas, a traer un anuncio nuevo. Y se veía abandonado por los amigos, traicionado por ellos, en definitiva, sin interés para nadie, porque hizo uso de su poder. Jesús responde a esta prueba simplemente abrazando la impotencia, tan temida por el hombre, para devolver al hombre su verdadera humanidad.

Jesús clavó en la cruz todas nuestras objeciones. Ya no hay objeción que pueda sostenerse de manera racional. Ha muerto traicionado, abandonado, indigente, impotente, y de todo lo que a nosotros nos atemoriza él obtuvo la salvación. Él tenía que morir para mostrar la naturaleza de Dios que me ama, aunque yo lo haya traicionado, abandonado, aunque lo haya insultado porque no mostraba esa forma de poder que yo esperaba de él. Cristo ha mostrado la naturaleza de Dios y también la naturaleza del hombre: que eres amado porque eres de Dios, no porque tengas poder, no porque poseas cosas. Tú, tú eres digno, misteriosamente digno del amor de Dios.

TESTIMONIO DE DAVIDE PROSPERI

4 de abril, sábado por la mañana

*Ángelus
Laudes*

Canzone dell'ideale

Alberto Bonfanti. Las preguntas que han llegado muestran que lo que hemos escuchado y vivido estos días nos ha impactado. Y este es un primer dato que no hay que olvidar, un dato del cual partir para nuestro trabajo personal, porque debemos darnos cuenta de qué es lo que realmente nos ha sorprendido y comprender en qué consiste la verdad de lo que hemos vivido. De las preguntas que nos han llegado, emergen muchas cuestiones que habéis planteado con la lealtad y la sinceridad que os caracterizan; ahora quisiera subrayar de manera sintética las que nos parecen más decisivas.

La primera de ellas es el tema de la duda. Algunos defienden de manera incondicional la positividad de la duda: «Mi pregunta va ligada a lo que decía Medina respecto a la duda. Estoy llena de dudas desde hace un año y me ha cabreado que Medina haya dicho que las dudas hacen que la mirada se desvíe y te impiden vivir la vida hasta el fondo. ¿Sin dudas, qué puedo hacer? ¿Doy todo como seguro? Necesito mis dudas, me ayudan a comprender la realidad de las cosas. Me ha fastidiado también que haya dicho que las dudas no se basan en la realidad. Si me asalta una duda, hay algo real que me lleva a dudar. Para mí la duda es sana». Otros comprenden el peligro, pero no saben cómo evitarlo: «He percibido la verdad de lo que se decía. Me correspondía. Pero enseguida

se ha introducido la duda: ¿pero y si no es verdad? Esta duda que se introdujo me distraía de lo que Medina había dicho. Y esto me molestaba. Por eso me surge la pregunta: ¿cómo evitar dudar hasta de lo que percibo como verdadero?».

Un segundo orden de preguntas es el siguiente: ¿cómo puede durar el impacto de la verdad que hemos percibido? «Muchas veces me arriesgo a vivir estos momentos de gran intensidad y enseguida, en cuanto vuelvo al mundo, pierdo esta claridad. Cuanto más bello es el momento, durante más tiempo me siento renovado y por un tiempo consigo tener esa claridad, pero luego la vuelvo a perder».

Y otra añade: «Vuelvo de las vacaciones o del Triduo: soy feliz. Pero me dura dos días. Esta vez he vivido cada instante con intensidad, soy de nuevo feliz, pero ¿cómo puedo esperar no volver a desilusionarme?». O bien, expresado de otra forma: «He tenido un encuentro, he vivido un momento de vida auténtica que me ha llenado de una seguridad que me hace capaz de afrontarlo todo, de zarpar del puerto y salir a mar abierto. Sin embargo a menudo sucede que, cuando me topo con las dificultades de la vida, me siento despojado de esa seguridad que parecía haberme aferrado totalmente. Decías que hace falta que el encuentro continuamente vuelva a suceder. ¿Entonces qué quiere decir que ese ímpetu puede permanecer para siempre y no desaparecer ante el primer obstáculo?».

Un tercer grupo de personas pregunta: este impacto con la verdad que hemos vivido, ¿qué nexo tiene con Cristo, con el encuentro con él? «Acabo de encontrar la compañía. Y aquí muchas cosas me tocan y conmueven. Comprendo en qué consiste el encuentro con una persona que me despierta y me hace salir del mecanicismo con el que vivo, pero no entiendo el paso de esta fascinación al encuentro con Cristo».

Finalmente, la última cuestión tiene que ver con el ciento por uno: ¿en qué sentido este impacto con la verdad genera el ciento por uno, genera la vida auténtica que todos deseamos? «¿Pero vosotros experimentáis este ciento por uno? ¿Qué es este ciento por uno? ¿Y por qué implica el sacrificio?».

Es decir, que ante éstas y otras cuestiones que han salido a la luz, este año nos ha parecido que el mejor modo de responderlas era proponeros el testimonio de alguien que vive hasta el fondo su razón y su libertad, porque el cristianismo es un camino para hombres que no renuncian ni a su razón ni a su libertad. Y esto tiene un valor metodológico, porque tenemos en el camino testigos y personas que viven con certeza, y debemos pegarnos a ellos. Esto tiene que ver con lo que don José nos decía: ponerse en juego por completo en la relación con Cristo. Para mí ha sido siempre así: seguir hasta el fondo todo aquello que me atrae, porque la primera respuesta a nuestras preguntas no es una definición correcta, sino un lugar donde plantear la pregunta, como el niño con su padre, como los apóstoles con Jesús, como esa chica que, tras la asamblea, le dijo a José Medina en el hotel: «Tu certeza es un camino para mí»; esta es la experiencia que muchos de nosotros hemos vivido estos días.

Davide (vice-presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, es decir, de nuestra gran compañía, y profesor de Bioquímica e investigador sobre nanotecnología para la Medicina en la Universidad de Milano-Bicocca), al que damos las gracias por estar hoy aquí con nosotros, es uno de esos grandes testigos y uno de mis mejores amigos. Le hemos pedido que nos ayude mediante el testimonio de su vida.

Davide Proserpi. Obviamente, no os contaré mi vida entera, porque si no ¡estaríamos aquí hasta mañana! Quisiera empezar por lo que pasó ayer. Al cabo de veinticinco años, participé en vuestro –mejor dicho, nuestro– *Via Crucis*. No lo hacía desde que yo era estudiante y estaba en GS (desde entonces he vivido muchos otros *Via Crucis*, con universitarios primero y, luego, con trabajadores, hasta hoy), y me ha llamado la atención, como creo os habrá pasado a todos vosotros, la gran belleza de este gesto. Justo por esto, he advertido inmediatamente una pregunta: ¿qué supone esta belleza delante de la contradicción del mundo? Como escuchábamos también ayer, de parte de

quien guiaba el gesto, Cristo sigue siendo crucificado hoy, sufre en mí y en el mundo. Y pensaba en los mártires de Kenia –no podemos llamarlos de otra manera–, esos cristianos que hace unos días fueron masacrados a causa de su fe. Entonces, me pregunté: ¿qué tiene que ver esta belleza con esos mártires? ¿Cómo es posible que esta belleza soporte el peso de todas las contradicciones, de la incompreensión, en fin, de todo el mal? El *Vía Crucis* que hemos vivido juntos nos ha ayudado mucho a encontrar una respuesta a estas preguntas. Quien lo ha vivido seriamente ha podido ensimismarse, identificarse con lo que estaba aconteciendo. Identificarse significa sentir lo que sintieron los que estuvieron allí, en primer lugar, Jesús mismo. En un momento dado, me pregunté: ¿por qué Jesús, que tenía poder sobre toda la realidad, que era un hombre capaz de devolver la vista al ciego, de sanar al cojo y de resucitar a un hombre que llevaba muerto cuatro días, aceptó morir en la cruz?

Nada nos resulta tan incomprensible como esto, nada choca tanto con nuestra forma de razonar. Para nosotros, que encontramos nuestra máxima satisfacción en alcanzar los objetivos que nos fijamos, en conseguir lo que esperamos, es difícil de entender. Sin embargo, el Hijo de Dios lo aceptó. Obedeció al Padre, mostrándonos la única modalidad en que también nosotros podemos vivir realizando, paso a paso, nuestro destino bueno, como Él realizó el suyo, muriendo y resucitando. Si hubiese vivido algo distinto de lo que nosotros tenemos que vivir hoy, ¿cómo podría yo identificarme con Él? Cristo aceptó lo que para nosotros es la impotencia. Lo que en nuestro mundo y en nuestro modo de pensar es sinónimo de esterilidad, esto es, de incapacidad para generar un bien, para ser útil, en fin, un fracaso en la vida, Él lo aceptó. Y ayer vivimos lo opuesto a la impotencia: siguiendo su cruz –lo comentaba ayer el padre Medina–, comprobamos que la aparente impotencia puede generar una fecundidad nueva. Si os disteis cuenta, ayer, en las estaciones del *Vía Crucis*, escuchábamos el *Stabat Mater* de Pergolesi, que relata la vivencia de María al pie de la cruz. Si queremos entender, tratar de entender, lo que aconteció ese día, tenemos que fijar nuestra mirada en esa mujer, su madre, porque era la única que entendía. María estaba al pie de la cruz, «estaba la madre dolorosa», es decir, participaba, acompañaba al Hijo. ¿Qué más podía hacer? La Virgen no subió a la cruz, ni bajó a su Hijo de la cruz, ni gritó contra los verdugos romanos. ¿Por qué? Porque era la única que sentía que, de esa manera misteriosa se estaba cumpliendo el destino de su Hijo y, a través de él, el destino por el que el mundo ha sido creado.

Yo quiero aprender a mirar así. Quiero aprender a mirar como miraba ella, aprender a ver lo que a menudo no vemos, porque nuestra mirada, muchas veces, se detiene en la apariencia. Por eso, nos asaltan mil dudas. Quiero contaros un primer episodio de mi infancia. De pequeño, yo tenía mil dudas, ciertamente era muy inseguro, porque perdí a mi padre cuando tenía sólo seis años. Y sin un padre uno advierte la falta de una presencia que te introduce en la realidad. Recuerdo que, cuando era pequeño e iba a ver a mi abuelo, me surgían un montón de preguntas... pero primero tengo que contaros lo que pasó antes de la muerte de mi padre.

Mi abuelo tenía otro hijo que murió de pequeño de una meningitis fulminante. Su mujer no podía tener más hijos y, al ver a su esposo tan abatido, hizo un voto: estaba dispuesta a dar su vida con tal de tener otro hijo. Al cabo de unos años, se quedó embarazada, pero los médicos le dijeron que tenía que interrumpir inmediatamente el embarazo, porque su vida peligraba y además el niño no vería la luz. Ella, segura de que este embarazo se lo concedía Dios y dispuesta a dar su vida por ello, decidió llevar a término la gestación. Así nació mi padre, y mi abuela murió en el parto. Mi padre murió en un accidente, cuando tenía treinta y tres años. Recuerdo que de pequeños, mi hermano y yo, íbamos a ver a los abuelos y, en la medida en que un niño puede comprender con ocho, diez años, mirábamos al abuelo y nos preguntábamos por dentro: ¿por qué este hombre que ha perdido a su mujer y a su hijo, sigue estando cierto de que la vida es un bien, de que no es un engaño? Lo teníamos delante: era ciertamente un

hombre probado por la vida, pero no era un hombre derrotado por la vida; era un hombre de fe.

Esta pregunta que, desde un cierto punto de vista iba en contra de la inseguridad que tenía, nunca me ha dejado tranquilo. He seguido preguntándome siempre: ¿cómo puedo vivir delante de cualquier circunstancia sin que mi fe se tambalee, sin que sea una ilusión, una mentira? Saltando todo lo que pasó después, quiero contar lo que supuso para mí una respuesta verdadera a todo este drama que viví durante muchos años y que, de alguna manera, sigo viviendo, porque la vida no está hecha de dudas, pero sí de problemas. Como aprendemos en la Escuela de comunidad, la alternativa a la duda no es una seguridad abstracta; la alternativa a la vida como duda es la vida como problema⁴⁴. Porque la vida te plantea continuamente problemas, porque no todo está resuelto; y lo que se nos plantea como problema nos provoca y nos vuelve a poner en marcha. La grandeza de un hombre se ve en que no se rinde y no por el hecho de que enseguida sabe responder a todo. Por ello, saltando varios años, llego a mi verdadero gran encuentro, en 1994. Fue durante los Ejercicios espirituales del CLU, en mis años de universitario. El título no podía venirme más al pelo: “Reconocer a Cristo”. Esto me interesaba mucho, ¿cómo puedo reconocer que lo que espera mi corazón es realmente Él? Don Giussani daba los Ejercicios, de hecho, fue la primera vez que le vi de cerca. Empezó a hablar citando una frase de Kafka: «Existe un punto de llegada, pero ningún camino»,⁴⁵ existe la meta, pero no hay ninguna vía para alcanzarla. Era exactamente mi problema. Yo sabía que quería vivir por algo grande, no quería vivir en balde, no quería desperdiciar la vida dejando que pasara y que el tiempo se lo tragara todo, quería vivir por un ideal. ¿Pero dónde estaba este ideal? Esta era, para mí, “la” clave.

Para poder contestar a esta pregunta, es necesario experimentar que el ideal tiene que ver con tu vida, con lo que te pasa, con lo que deseas, con los problemas que se te presentan, con el interés que sientes por un chico o una chica, por el estudio, o con la distancia que experimentas, con lo que te cuesta, con los problemas que tienes con tus padres. El ideal debe tocar todo lo que soy y lo que vivo, si no ¿qué ideal sería? Quedaría algo abstracto, inalcanzable. Esto es, «no habría ningún camino para alcanzarlo».

Para contestar a esta pregunta, don Giussani empezó a revivir la página que relata el encuentro de Juan y Andrés con Jesús, los primeros dos hombres que se encontraron con Él. Siento todavía un escalofrío cuando vuelvo a pensar en ello porque, mientras don Giussani hablaba, yo revivía ese episodio como si hubiera estado allí. Se veía que para él era una experiencia presente, era como si estuviera allí, al lado de esos dos hombres, y nos la transmitía. Poco a poco se abrió paso en mí una pregunta: ¿pero cómo lo hace? ¿Cómo puede decir estas cosas? Contaba incluso lo que Andrés le dijo a su mujer, al volver a casa, por la noche. Cuando ella vio que le había pasado algo ese día, y le preguntó. Lo podéis ver en el vídeo que se ha publicado con ocasión de los diez años de la muerte de don Giussani y que en Italia se ha difundido con el *Corriere de la Sera*.⁴⁶ ¿Cómo puede este hombre hablar así? Evidentemente, para él se trataba de una experiencia real, presente: revivía en ese momento lo que había sucedido entonces. Recuerdo que, mientras lo escuchaba hablar, crecía en mí el deseo de vivir como él vivía, deseaba que fuera posible también para mí, tal como era, con todas mis inseguridades y dudas.

Para mostrar que la experiencia del encuentro de Juan y Andrés sigue sucediendo hoy, leí una carta que, desde entonces, yo guardo en mi cartera. Han pasado veinte años. Porque las cosas verdaderas no se pueden desperdiciar, hace falta guardarlas. De hecho, entre las preguntas que planteabais vosotros, había una que era: ¿qué hacer para que lo que hemos vivido hoy no se pierda del todo mañana? Pues, chicos, ¡hace falta hacer memoria de lo que hemos vivido! Hace falta guardar en la memoria lo que hemos experimentado como verdadero, para poder volver a ello cuando sea necesario. Así uno se da cuenta que lo que le había conquistado sigue estando presente. Si me ha

conquistado, es mío para siempre. Entre otros testimonios, don Giussani leyó la carta de un chico enfermo de sida, que murió dos días después de escribirla. El sida sigue siendo una enfermedad incurable, aunque hoy, después de veinte años, existen terapias para tratarla; en cambio, entonces el sida era una enfermedad mortal; se moría entre dolores terribles y una soledad total, agravada por el desprecio de sí mismo, porque el sida era como la peste de finales del siglo XX; uno moría como un apestado, pues la enfermedad era signo de una vida desordenada, inmoral, y el nuestro es un mundo muy moralista. Bien, este chico contaba que, al cabo de algunos años, había vuelto a ver a un compañero suyo de los años del liceo, que ahora pertenece a los *Memores Domini*, y que, a través de él, hizo llegar su carta a don Giussani, que nunca había conocido personalmente.

«Querido don Giussani: Le escribo llamándole “querido” aunque no le conozco, nunca le he visto ni le he oído hablar. Sin embargo, a decir verdad, puedo decir que le conozco en cuanto que, si he entendido algo de *El sentido religioso* y de lo que me dice Ziba [su amigo del liceo], “le conozco por fe” y, añado ahora yo, gracias a la fe. Le escribo únicamente para darle las gracias. Gracias por haberle dado sentido a mi árida vida. Soy un compañero de estudios de Ziba, con quien siempre he mantenido una relación de amistad pues, aunque no compartía su postura, siempre me ha sorprendido su humanidad y su disponibilidad desinteresada [que es el único modo en que podemos proclamar a otro y a todo el mundo que «Cristo es verdadero»]. En esta atormentada vida creo que he llegado al paso final, llevado por ese tren que se llama Sida y que no perdona a nadie. Ahora, decir esto ya no me da miedo. Ziba me decía siempre que lo importante en la vida es tener interés en algo verdadero y seguirlo. Yo he buscado este interés muchas veces, pero nunca era el verdadero. Ahora he visto el verdadero, lo veo, lo he encontrado y comienzo a conocerlo y a llamarlo por su nombre: se llama Cristo. No sé siquiera qué quiere decir eso ni cómo puedo decir estas cosas, pero cuando veo el rostro de mi amigo o leo *El sentido religioso*, que me está acompañando, y pienso en usted o en las cosas que Ziba me cuenta de usted, todo me parece más claro, todo, incluso mi mal y mi dolor. Mi vida, que estaba ya aplastada y estéril, como una piedra lisa por la que todo resbalaba como el agua, ha cobrado repentinamente un sentido y un significado que expulsa los malos pensamientos y los dolores; es más, que los abraza y los vuelve verdaderos haciendo de mi cuerpo, larvado y pútrido, un signo de Su presencia. Gracias, don Giussani, gracias porque me ha comunicado esta fe o, como usted lo llama, este Acontecimiento. Ahora me siento en paz, libre y en paz. Cuando Ziba rezaba el *Ángelus* delante de mí, yo blasfemaba en su cara, le odiaba y le decía que era un cobarde, porque lo único que sabía hacer era decir aquellas estúpidas oraciones. Ahora, cuando intento balbucearlo con él, comprendo que el cobarde era yo, porque no veía la verdad que tenía delante, a un palmo de mi nariz. Gracias, don Giussani; es lo único que un hombre como yo puede decirle. Gracias, porque puedo decir con lágrimas en los ojos que morir así tiene ahora sentido, no porque sea más bonito tengo mucho miedo de morir, sino porque ahora sé que hay alguien que me quiere, que incluso yo puedo quizá salvarme y que también yo puedo rezar para que mis compañeros de habitación encuentren y vean lo que yo he visto y encontrado. Así me siento útil, fíjese, usando solamente la voz me siento útil; con la única cosa que todavía puedo usar bien, puedo ser útil; yo, que he desperdiciado mi vida, puedo hacer el bien por el simple hecho de rezar el *Ángelus*. Es impresionante, pero aunque fuese una ilusión, es algo tan humano y razonable, como usted dice en *El sentido religioso*, que no puede dejar de ser verdad. Ziba ha puesto en la cabecera de mi cama una frase de santo Tomás de Aquino: “La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente le sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción”. Creo que mi mayor satisfacción ha sido haberle conocido escribiéndole esta carta, pero será aún mayor cuando, por misericordia de Dios y si Él quiere, yo le conozca a usted allí donde todo será nuevo, bueno y verdadero. Nuevo, bueno y verdadero como la amistad que usted ha llevado a la vida de muchas

personas y en la que puedo decir que “yo también estaba”. También yo, en esta mísera vida, he visto y he participado en este acontecimiento nuevo, bueno y verdadero. Rece por mí; yo seguiré sintiéndome, útil durante el tiempo que me quede rezando por usted y por el movimiento. Un abrazo. Andrea, Milán».⁴⁷

Un encuentro verdadero (no cuando decimos, me encontré con fulanito o menganito), el reconocimiento de una presencia significativa para la vida es para siempre. Es un hecho definitivo. Puedes irte, puedes tratar de olvidarlo, puedes intentar quitártelo de encima, pero es tuyo para siempre. Un encuentro verdadero define tu vida. Desde ese momento, tu vida adquiere un significado nuevo. Desde el encuentro con Cristo, la vida se nos da para que conozcamos cada vez más lo que hemos encontrado, para profundizar en el conocimiento de Él, que es un conocimiento afectivo, como nos decía siempre don Giussani. En una relación se conoce al otro mediante un apego afectivo. Así es con Cristo. No lo conocemos mediante un razonamiento abstracto, mediante un discurso, como si debiéramos entender todo de antemano para poder luego seguirle. Le conocemos, siguiendo. Como hizo ese chico enfermo de sida. El encuentro con Cristo te alcanza por gracia y tú debes decidir si seguir lo que es verdadero y ha salido a tu encuentro.

En aquel momento entendí –esto lo entendí inmediatamente– que para conocer a ese Cristo del que se podía hablar así, del que Giussani hablaba así y del que este chico, en la condición en la que estaba, hablaba así, yo debía tratar de apegarme, seguir, conocer a quien me lo testimoniaba, como nos decía antes Alberto. Tenía claro que debía conocer a ese hombre. Y no paré hasta que pude encontrarme con él personalmente. Empezó así una amistad con él que se fue ensanchando a mis amigos, pues a todos nos había cautivado esta novedad, por lo cual todo nuestro tiempo, el estudio, todo lo que hacíamos era una experiencia que nacía cada día, que se renovaba cada día, siguiendo lo que sucedía en aquel hombre y viendo lo que esto provocaba en nosotros, en cada uno de nosotros. Nuestra amistad estaba del todo determinada por este encuentro, como escribía Andrea. Tan es así que, junto a la carta que publicó *Huellas*⁴⁸ después de la muerte de este chico, había la foto de un cuadro –que creo que todos conoceréis– de Burnand⁴⁹, con Pedro y Juan que corren hacia el sepulcro vacío la mañana de Pascua, porque Jesús ha resucitado. Este es el signo más grande de nuestra amistad, lo que mejor explica qué es nuestra amistad: un correr juntos, un tender juntos hacia la meta. En los ojos de Pedro se ve todo el desconcierto por su traición, todo lo que había vivido antes, pero también toda la tensión que le mueve para ir a ver la victoria de Cristo. Corren juntos.

Desde aquel día, esta imagen empezó a ser la mayor compañía para mi vida: amigos con los que correr juntos hacia lo que ha entrado en nuestra vida, una compañía que cada día, día tras día, pide nuestra respuesta, nos provoca, nos interpela, para que le conozcamos mejor. Cuando uno responde a esta petición, descubre qué es el ciento por uno. Podría contaros muchos ejemplos, pero me limitaré a algunos. Hace unos años, fui a unas vacaciones de estudio con chicos que se preparaban para la selectividad y me llamó mucho la atención que estos chicos estaban llenos de preguntas, como vosotros, sobre todo cuando se avecina el momento de decidir qué hacer en la vida; delante del problema de la vocación, de lo que se me pide en la vida, empiezan a surgir un montón de preguntas. Lo que me llamó la atención fue que, junto al deseo de que la vida se concretara en un camino preciso, tenían miedo de perder el deseo que en ese momento tenían tan a flor de piel; porque uno se siente hecho para el infinito, es decir, comprende que no hay nada en la realidad que pueda responder completamente al alcance del propio corazón. Advertían esta situación como una contradicción, emergía todo el rato como una contradicción entre el deseo infinito y la necesidad de concretar ese deseo en una opción particular: «Yo quiero entender qué tengo que hacer, pero tengo miedo de tener que renunciar a todo lo demás». Parece imposible poder tomar en serio la relación con una chica, sin perder todas las demás relaciones, todas las otras posibilidades; por lo

tanto, parece imposible que una relación se convierta en estable. O, también, parece que optar por una carrera de cinco años, decidir una especialidad, nos lleve a plantearnos: «¿Y todo lo demás? A mí me gustan muchas más cosas, me gusta la literatura, me gusta la ciencia, me gusta...». En esos chicos emergía paulatinamente que su exigencia verdadera era que el infinito pudiera alcanzarles, pudiera alcanzarme a mí, llegar adonde estoy yo, y no tanto que yo pudiera tener a mi alcance todas las opciones.

Ante todo esto, pensaba que, según se concretara su situación porque elegirían esta u otra opción particular, según su vida fuera precisándose (y no siempre lo hace como queremos nosotros), no debían perder su deseo de infinito, su pregunta por el infinito. Los así llamados “adultos”, los de corazón viejo, os dirán: «Mirad que estas son cosas que se desean a los diecinueve años; luego a los cuarenta, a los cincuenta, a los sesenta, la vida os demostrará que no es así, que este deseo, poco a poco, se redimensiona, se reduce, que es ley de vida contentarse». ¡No es verdad! ¡Os lo juro! Come se decía ayer: ¿cuándo llegará el ciento por uno? Al ciento por uno no se llega; el ciento por uno no es una meta. De hecho, el ciento por uno es una multiplicación, indica algo que va *in crescendo*. Por lo tanto, si seguimos la vida verdadera, si avanzamos siguiendo un ideal verdadero, todo adquiere un gusto mayor, que antes no podíamos imaginar, y así te das cuenta de que es mucho más lo que te espera de lo que pensabas al comienzo.

En efecto, la vida que hemos encontrado es una promesa. Nosotros no la vemos cumplida de antemano, ya hecha, ya realizada, justamente porque es una promesa que se va cumpliendo con el tiempo. En esto, precisamente, reside el gusto del vivir, porque es una promesa que está todavía por descubrir; de lo contrario, el asunto estaría ya acabado. Cuando tenemos la ilusión de poseer lo que vivimos, de ser dueños de lo que hacemos, porque las cosas marchan bien –no sólo cuando las cosas no funcionan y uno siente la necesidad de buscar un significado, sino también cuando marchas fenomenal–, la mayoría de las veces es por superficialidad; no es para nada un signo de madurez. Es cierto que muchas cosas se entienden a la primera, pero muchas otras no; entonces esto supone una contradicción, que nos hace perder el gusto. Sin embargo, la semilla que se ha plantado en nuestra vida tiene un desarrollo que nosotros no podemos ver en seguida porque, cuando la semilla cae en la tierra, durante un tiempo no se ve que está germinando, sólo se ve cuando despunta y llega a dar su fruto. Pero todo el problema de la semilla es arraigar bien en la tierra, para que no se la lleve el viento. Lo que nos bloquea es que no entendemos la fatiga, el por qué las cosas nos cuestan e implican un esfuerzo. Todos entendemos que a cada uno se le pide algo; tú lo entiendes, pero te resistes a aceptar la fatiga que esto comporta. Para aceptar la fatiga hay que tener razones adecuadas y asirse a ellas. Si estás estudiando y te cuesta, sigue habiendo una razón por lo que lo haces; por ello, estudias aunque en ciertos momentos te cueste. Preguntarse personalmente por las razones es nuestra primera compañía, no te las tiene que dar otro necesariamente. De hecho, precisamente porque no solemos preguntarnos por qué hacemos las cosas, nos sentimos solos al vivirlas. El desafío del ciento por uno consiste en que lo que nosotros esperamos es más de lo que hacemos. Nuestra apuesta es que existe algo más grande que la imagen que tenemos de las cosas. Y entonces uno percibe con vértigo el hecho de que dentro de la realidad hay una presencia que me hace esta promesa, cuyo signo es el deseo que me constituye y que no podemos acallar.

Hace un año, más o menos a estas alturas del año, descubrí que tenía una enfermedad muy grave, pero al comienzo no se sabía qué era. Debido a mi trabajo, tenía ya muchos indicios de lo que podía ser, pero, hasta que los médicos no emiten su diagnóstico, esperas siempre que sea algo menos grave. Cuando se vio claro lo que era, tuve que someterme a una intervención quirúrgica. Todo salió fenomenal y ahora me encuentro bien, sólo debo hacerme revisiones. Pero en el periodo en el que aún no estaba claro qué tenía y qué era lo que me esperaba, empecé a percibir muy dramáticamente la pregunta de qué se me estaba pidiendo ante las responsabilidades que tenía –y tengo– en mi vida: estoy casado, tengo cuatro hijos que sacar adelante, uno ya casi tiene vuestra edad, un

trabajo que me exige mucho, dirijo un grupo de investigación de quince personas, y luego están mis responsabilidades en el movimiento, que aumentaron cuando Carrón me pidió que le ayudara en la guía del movimiento. Delante de todo esto me preguntaba: ¿qué es lo que se me pide verdaderamente? Me di cuenta de que, al principio, lo que estaba viviendo, la enfermedad, era para mí como un accidente, porque pensaba que mi verdadera tarea eran todas las demás responsabilidades que tengo, y aquel imprevisto no encajaba. Gracias a que no se supo enseguida qué enfermedad tenía, pude entender qué era lo que de verdad se me estaba pidiendo. Porque nosotros muchas veces decimos que hay esperanza en la vida porque las cosas van bien. ¿Pero qué quiere decir que hay esperanza en la vida cuando las cosas no están claras, cuando pasamos por un momento de prueba o por una dificultad? Porque si no, hablamos del ciento por uno de manera abstracta, pensando que las cosas van bien sólo cuando tenemos la vida resuelta. ¿Pero es posible experimentar el ciento por uno, vivir con esperanza, cuando tienes una dificultad? Esta era mi pregunta.

En aquel momento comprendí que tenía que empezar a comprobar, por fin, lo que siempre nos cuesta tanto entender, y empecé a verlo gracias a todas la historia de mi vida, de estos años, gracias a la certeza que día tras día seguía creciendo en mí, dentro de esta amistad, la amistad de la Iglesia. Empecé a entender que lo que se me pide coincide con mi «vocación». Toda circunstancia es una vocación. Es decir, que la vocación no es la forma que tú tienes que dar a tu vida para entregarte a Dios o a ti mismo; tu vocación es responder a la relación personal que Dios establece contigo a través de lo que te pide día a día, es responder a esa circunstancia preferencial –porque esa circunstancia se me daba a mí, sólo a mí, precisamente a mí– para que yo pudiera reconocerle a Él en mi vida. No podía seguir viviendo todo lo demás sin tomar en serio hasta el fondo mi enfermedad, ese hecho que me estaba sucediendo y que formaba parte de mi vocación.

Así empecé a entender que el ciento por uno no es cien veces lo que nosotros decidimos y deseamos; es otra cosa, se trata de una medida diferente. No se nos promete que se vaya a realizar lo que tenemos en nuestra cabeza, sino mucho más, cien veces más. Se nos promete algo que desborda nuestra medida. Y entonces empiezas a entender qué es el sacrificio y para qué sirve. Se nos promete que el deseo infinito de nuestro corazón encontrará plena respuesta si seguimos apegados a esa presencia amada que ha entrado en nuestra vida. La experiencia del ciento por uno empieza ya dentro de lo que se nos pide día tras día, no es que tú tengas que imaginar quién sabe qué. De hecho, en aquel periodo volvía a mi mente con más frecuencia y me acompañaba de verdad lo que don Giussani solía decir: las circunstancias inevitables –es decir, las que no puedes evitar; puedes hacer como si nada, pero tu destino está marcado– son las más sencillas, porque en ellas la voluntad de Dios está clara; son las más sencillas, aunque no sean las que deseabas, las que hubieras querido. Es cierto, yo habría preferido estar bien para poder dedicar todas mis energías a esas tareas buenas e importantes que tengo en la vida, pero en un determinado momento Otro eligió para mí una circunstancia distinta: «Ahora Yo te pido esto, porque te quiero y guío tu vida hasta su destino bueno». Y volví a caer en la cuenta de que Jesús mismo tuvo que aceptar su relación con el misterio del Padre como la definición del cumplimiento de su tarea, la tarea para la que había sido enviado. Don Giussani dice que las circunstancias inevitables son las más favorables, las más sencillas, porque en ellas está muy claro lo que se te pide, no tienes que inventarte nada (no tienes que darle vueltas, pensando: ¿qué tendré que hacer?, ¿qué querrá Dios de mí?, ¿cómo podré servirle mejor?). Tu tarea está clara: es la que se te asigna en esa circunstancia que no puedes evitar.

Entonces, ya que estamos en el Triduo pascual, os cuento la experiencia que viví. El verano pasado medité detenidamente sobre el episodio de Getsemaní del que hacíamos memoria también ayer. Releo lo que leímos en el Evangelio de Mateo. Cuando Jesús está solo, rezando, dice en un momento dado: «“El espíritu está pronto, pero la carne es

débil”. De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo: “Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad” [prestad atención a cómo continúa el relato]. Y viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque sus ojos se cerraban de sueño. Dejándolos de nuevo, por tercera vez oraba repitiendo las mismas palabras. Volvió a los discípulos, los encontró dormidos y les dijo: “Ya podéis dormir y descansar”». Está en paz. Durante los meses de mi enfermedad, sentí en mí la angustia de Jesús que llega adonde sus discípulos, los encuentra durmiendo y les dice: «¿Pero por qué? ¡Precisamente vosotros que sois mis amigos!». Se sentía solo. La gran tragedia de la vida es esta soledad, que consiste en dejar de percibir el significado del gesto que se realiza, el sentido de lo que se vive, la relación que tiene con la totalidad, con el infinito, es decir, pensar que lo que estamos viviendo es inútil. Jesús necesita a sus amigos, Él que habría podido no necesitar a nadie –eran los otros los que le necesitaban a Él, Jesús nunca había necesitado que otros le explicaran las cosas, que le dijeran algo, que le ayudaran a ver, que le resolvieran los problemas– necesitaba no estar solo, pero los ojos de sus discípulos «se cerraban de sueño».

Esto me hirió porque, al decir esto, el evangelista subraya algo que nunca había pensado antes de enfrentarme a esta circunstancia: se habían quedado dormidos más allá de su intención, porque sus ojos se cerraban; era como si el Padre mismo hubiera permitido esa debilidad para que Jesús no encontrara una vía de escape ni siquiera ante esta última posibilidad, y descubriese que la única verdadera victoria sobre la soledad era afirmar la relación con el Padre, el abandono al Padre que en aquel momento sentía tan distante. Me di cuenta de que yo estaba viviendo esa misma experiencia. Gracias a ella, empecé a afrontar de manera distinta todo lo que me tocaba, por tanto, también las pruebas que tuve que asumir. Así entendí de verdad que una circunstancia inevitable es muy sencilla, porque ahí se transparenta la voluntad de Dios, que nos pide obedecer. Pero, ¿qué significa obedecer? Solemos percibir las cosas de manera moralista y no sabemos qué es la obediencia.

Obedecer es ante todo estar disponible ante el designio bueno que Otro tiene sobre mi vida; obedecer es estar disponible ante el Misterio que me quiere ahora: estar delante de lo que se me da en este momento para afirmar el significado de mi propia vida. La vida tiene un significado y yo tengo que descubrirlo. La única manera que tengo de descubrirlo es entrar cada vez más en la circunstancia que se me da. Por eso se me dan amigos, compañeros de camino. El Misterio no nos ha dejado solos. Vosotros estáis aquí, nosotros estamos aquí juntos porque esto sigue sucediendo hoy.

Estamos juntos para pedir que este significado se manifieste cada vez más, incluso cuando tal vez no lo veamos con claridad (muchas de vuestras intervenciones señalaban ayer que nosotros vemos entre sombras, como a través de una cerradura, no vemos enseguida todo claro y luminoso), debemos permanecer arraigados, apegados a la fuente de la vida que hemos visto, que has visto cómo te cambiaba entonces y que has reconocido como un potente desafío a tu vida. Así comprendes que el ciento por uno es un gusto distinto, no es que haces o tienes más cosas; es un gusto distinto al vivir las cosas normales, que de otro modo serían sólo un peso. Comprendes que estás viviendo algo que tiene que ver con el destino del mundo y, en primer lugar, con tu destino, con aquello por lo que has sido elegido. Pero también puedes vivir las mismas circunstancias separándote, sin permanecer apegado a tu experiencia, dejando de desear cosas grandes. Aquí se decide el resultado del partido, chavales: ¡no dejéis de desear cosas grandes! La vida adquiere gusto dentro de una disponibilidad.

Esta es mi experiencia y es lo único que puedo comunicaros con seguridad. Lo que llamamos experiencia consiste en comprender cada vez más lo que empezó en el encuentro con Cristo, en profundizar poco a poco en la verdad que nos ha alcanzado a través de lo que nosotros llamamos «el encuentro». El mañana es para esto. Pasado mañana será para esto. El tiempo se nos da para esto. ¡Y el camino existe! Lo tenéis delante de vosotros. Para no dejar de desear cosas grandes, hace falta fijar los ojos y el

corazón en quienes las viven, pidiendo siempre al Señor de la vida que cumpla lo que nosotros no podemos conseguir con nuestras fuerzas. Es lo que os deseo de todo corazón.

Alberto Bonfanti. El regalo de la presencia de Davide hoy no es el único de esta vigilia de Pascua. Ahora don José nos leerá el saludo que nuestro amigo Julián Carrón no ha querido que faltara tampoco este año. Me parece que realmente sintetiza todo lo que hemos vivido estos días.

«Queridos amigos: La realidad, junto con el corazón, es nuestra gran aliada.

Aliada contra nosotros mismos cuando nos dejamos atrapar por nuestro mal humor y por nuestros miedos.

Por fortuna, la realidad es testaruda. Y es más real que nuestras dudas.

Se impone en nuestras jornadas –sea cual sea nuestro estado de ánimo– sin pedirnos permiso.

Lo vemos cuando sentimos todo su atractivo al encontrarnos con un rostro amado.

Por eso es de locos negar su evidencia. Negarla es como negarse a sí mismos.

Reconocerla es fácil. Bastaría con ceder a su atractivo, como un niño ante el espectáculo de una montaña. ¿Significa eso ser ingenuos? No. Simplemente quiere decir ser sencillos, leales con lo que los ojos ven.

Sin embargo, a veces parece que el miedo a la nada nos asalta. ¿Y entonces? Entonces nos vuelve a acompañar nuestra gran aliada: la realidad es la mayor negación de la nada. ¡Existe! ¿Frágil? ¿Fugaz? ¿Efímera? Pero existe. ¡Sin posibilidad de apelación!

Solo hay un inconveniente: para reconocerla, es necesaria la libertad. ¡Gracias a Dios! ¿Quién de nosotros quisiera ser amado por esclavos, por robots, mecánicamente? Yo no, ¡nunca!

Para hacer más fácil su reconocimiento, el Misterio se ha hecho carne, murió y resucitó por nosotros. La imponente presencia de Su presencia era tal que no dejaba indiferente a nadie.

Como nos dijo el Papa Francisco en la plaza de San Pedro, «Andrés, Juan y Simón: se sintieron mirados en lo más profundo, conocidos íntimamente, y esto suscitó en ellos una sorpresa, un estupor que, inmediatamente, los hizo sentirse unidos a Él...».

Don Giussani nos recuerda que «el camino del Señor es sencillo como el de Juan y Andrés, Simón y Felipe, que comenzaron a ir detrás de Cristo por curiosidad y deseo. No hay otra vía, en el fondo, fuera de esta curiosidad cargada de deseo que suscita el presentimiento de lo verdadero».

Solo quien acepta esta curiosidad cargada de deseo podrá descubrirlo.

Mientras tanto, Él espera nuestro reconocimiento. Libre. «Y cuando nosotros llegamos, Él ya nos estaba esperando» (papa Francisco).

El cristianismo es un camino solo para hombres que no renuncian a su razón y a su libertad.

Buena Pascua, amigos

Julián Carrón».

Como anticipo del deseo de Pascua cantamos juntos el *Regina Coeli*.

Regina Coeli

José Medina. Mi deseo es que desafiéis la vida. Por lo que a mí respecta, me vuelvo a casa conmovido, emocionado. Por eso no deseo añadir nada más, salvo esta invitación: desafiad la vida, porque os sorprenderá. ¡Realmente os sorprenderá! San Juan Pablo II,

cuyo aniversario celebramos ayer, decía: «¡No tengáis miedo!». ⁵¹ Cristo ya ha vencido. Ha sucedido, ha entrado en nuestra experiencia y continúa aconteciendo.

Veni Sancte Spiritus

NOTAS

1 Oración de Laudes del Lunes Santo, en *Liturgia de las Horas según el rito romano. Tiempo de Cuaresma, Santo Triduo Pascual, Tiempo de Pascua*, vol II.

2 *Ap* 22, 20.

3 *Sal* 63, 4.

4 G. Gaber, «Cercó un gesto naturale» (Busco un gesto natural), del CD: *Far finta di essere sani* (1973-1974).

5 Francisco, *Discurso en el encuentro con los jóvenes*, 18 de enero de 2015, Manila, Filipinas.

6 *Ibidem*.

7 Cfr. *Mc* 10, 47-48.

8 C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, (traducción de Ángel Crespo), Barcelona 1992, p. 18.

9 Cfr. R. Stevenson, *Henry David Thoreau: His Character and Opinions, Part I, Cornhill Magazine, June 1880*.

10 C. Betocchi, «Ciò che occorre è un uomo», *Dal definitivo istante*, BUR, Milán 1999, p. 146.

11 Cfr. A. Tarkovski, *Andrei Rublëv*, Garzanti, Milán 1992, p. 74.

12 *Sal* 63, 4.

13 Papa Francisco, *Discurso al Movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

14 L. Giussani, *El templo y el tiempo*, Encuentro, Madrid 1995, pp. 47-59.

15 Cfr. *Jn* 7, 46.

16 *Jn* 15, 4.

17 *Jn* 13, 33.36-37.

18 *Mt* 28, 20.

19 *Jn* 6, 48-51.

20 *Lc* 10, 21.

21 Cfr. E. Siciliano, *Vita di Pasolini*, Giunti, Florencia 1995, p. 277.

22 L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 49.

23 *Ibidem*.

24 Papa Francisco, *Discurso en el encuentro con los jóvenes*, 18 de enero de 2015, Manila, Filipinas.

25 A. Baricco, *Novecento*, Feltrinelli, Milán 1994, p. 47.

26 *Ibidem*, p. 57.

27 C. Chieffo, «Canzone di Maria Chiara», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, 2007, p. 327.

28 Cfr. A. Tarkovski, *Andrei Rublëv*, op. cit., p. 74.

29 Papa Francisco, *Discurso al Movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

30 L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milán 2010, p. 207.

31 *Jn* 3, 3-6.

32 Cfr. *Mt* 10, 39; *Lc* 9, 24.

33 *Mt* 19, 29.

34 *Gal* 2, 20.

35 C. Chieffo, «Ballata dell'amore vero», en *Cancionero*, op. cit., p. 319.

36 L. Giussani, *En camino (1992-1998)*, BUR, Milán 2014, p. 27.

37 L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 296.

38 L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 308.

39 Papa Francisco, *Discurso al Movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

40 1 *Cor* 1, 23.25.

41 2 *Cor* 5, 14-15.

42 *Jn* 15, 4.

43 Cfr. *Lc* 22, 42.

44 Cfr. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 49.

45 F. Kafka, «Gli otto quaderni in ottavo», in *Confessioni e diari, Terzo quaderno*, Mondadori, Milán 1972, p. 716.

46 «Don Luigi Giussani 1922-2005. Il pensiero, i discorsi, la fede», suplemento, *Corriere della sera*, 21 de febrero de 2015.

47 Cfr. L. Giussani, *El templo y el tiempo*, op. cit., pp. 42-44.

48 Cfr. *Huellas - Litterae Communionis*, n. 11, diciembre 1994, p. 4.

49 Véase el cuadro de Eugène Burnand, *Los discípulos Pedro y Juan corren al sepulcro la mañana de Resurrección*, Óleo sobre tela, 1898. Museo d'Orsay, París.

50 *Mt* 26, 41-45.

51 Juan Pablo II, *Homilía en el comienzo de su Pontificado*, 22 de octubre de 1978, 5.